



ÉPOCA 3.<sup>a</sup>—AÑO IX.—TOMO VII

NÚMERO 16.—Madrid 15 de Junio de 1884

NÚMERO SUELTO, DOS REALES

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Seis meses.....	30 rs.
Un año.....	60 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	1 ps. fs.
Un año.....	4 "



BIBLIOTECA  
MUNICIPAL  
MADRID

DIRECTOR

MANUEL PÉREZ VILLAMIL

ADMINISTRACIÓN

PELIGROS, 20, SEGUNDO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y MÉJICO	
Seis meses.....	3 1/2 ps. fs.
Un año.....	6 "

#### SUMARIO

TEXTO.—*Revista*, por Nulema.—*Crónica universal*, por D. M. Riera.—*El monstruo*, por Blas.—*Los grabados*.—*Estudios acerca del dogma del fin del mundo*, (conclusión), por J. de Bonniot.—*Los Terribles de Sevilla*, por D. Vicente de la Fuente.—*Inspiración*, por D. F. Zea.—*Yo en venta*, por D. F. Zea.—*Carta autógrafa del Rdo. P. Fr. Diego José de Cádiz al Excmo. Sr. Arzobispo de Toledo*.—*Instrucciones contra el cólera por la Sociedad Española de Higiene*.—*Conocimientos útiles*.  
GRABADOS.—*Partida de árabes insurrectos en el Sudán*.—*Camino de Emaús á Jerusalén*.—*La vuelta del trabajo*.—*San Lucas*.

#### REVISTA



Al constituirse el Senado, un señor senador, representante de la Academia de Medicina, el Sr. Cervera, usando del triste derecho que le concedía el reglamen-

to, no quiso *jurar* por Dios, sino *prometer* por su honor guardar la Constitución y la monarquía de don Alfonso, dando así por primera vez en el Senado un testimonio de ateísmo, que produjo marcado disgusto y visible repugnancia en los que presenciaron el acto.

El senador que así alardeó de su impiedad debía inaugurar los debates políticos sustentando las ideas democráticas; y como de los antecedentes del orador podía presumirse, se creyó que su discurso sería notable; pues tanto en el Congreso como en el Ayuntamiento de Madrid el Sr. Cervera se había distinguido por su incansable verbosidad y por su oratoria tribunicia.

El Senado estaba lleno; tribunas, bancos, puertas, plataforma todo estaba invadido para oír al Sr. Cer-

vera. El presidente le concedió la palabra; la expectación era general. Se levanta el orador y comienza á ponderar sus estudios acerca del cuerpo humano, es decir, á hacer una apología de la materia; pero á medida que iba hablando su rostro palidecía, se desenchajaban sus ojos, temblaban sus labios, y un miedo y una turbación espantosa se apoderaba de su ánimo. Aquel maestro del cuerpo humano tuvo que declarar que se hallaba tan turbado, tan emocionado, que pedía un pequeño descanso. Una cosa superior al cuerpo se imponía á las fuerzas de éste: faltábale á aquel cerebro algo que no era materia; sujetaba la lengua una cadena que no era de hierro; el espíritu se revolvía inquieto y turbado en aquella cárcel oscura donde no alumbraba la luz de la esperanza libertadora.



PARTIDA DE ÁRABES INSURRECTOS EN EL SUDÁN.



Volvió á levantarse el orador, y tampoco pudo hablar; se le veía luchar consigo mismo para vencer la resistencia de su organismo, rebelde á la voluntad, y tras breve lucha tuvo que sentarse, declarando que la emoción de que estaba poseído no le dejaba ordenar sus ideas ni expresarlas en aquel momento. El representante de la ciencia médica se confesó vencido por su organismo; sin embargo, su cuerpo estaba sano.

Aquella era una victoria del espíritu sobre las facultades del cuerpo humano.

La gran mayoría de los oyentes, recordando el acto de la *promesa*, veían en esta defección un aviso del cielo. El Sr. Cervera, que ha curado á tantos ciegos, lejos de curarse á sí mismo, parece condenado cada día á mayores tinieblas.

Pertenece á la peor categoría de ciegos: á los que tienen ojos y no ven. Sirva su triste ejemplo para abrir los ojos á otros, pues nada menos puede esperarse de oculista tan acreditado. El acto del Senado, si no valió como discurso, que valga como operación.

\*\*\*

Si la afición á los toros fuese, como quieren suponer los panegiristas del progreso moderno, un indicio de falta de civilización, nada tenía que echarle en cara la moderna á la antigua, pues desde los días de Pepe-Hillo hasta los de Frascuelo, la afición, lejos de disminuir, ha ido en aumento.

El que hubiera visto, sin antecedente del caso, la explanada de la Plaza de Toros el domingo último por la mañana, lo menos que hubiese creído, al contemplar una masa de diez mil hombres agrupados á sus puertas, que iba á celebrarse allí un *meeting* político, en que podía decidirse la suerte de España. Y sin embargo, aquellos diez mil hombres estaban allí esperando comprar por un ojo de la cara un billete para los *toros de beneficencia*, y casi la mitad se habían pasado la noche al sereno con pocas esperanzas de conseguirlo. No hubieran hecho más los primeros concurrentes á la plaza vieja.

La afición á los toros, lejos de decaer aumenta, y es de advertir que hoy toma un carácter más fiero que tuvo nunca, pues ya no es, como fué antes, una fiesta de gala, de animación pintoresca y de boato cortesano, sino que tiene el carácter exclusivo, frío y cruel de una lucha sangrienta, sin ninguno apenas de sus accidentales pintorescos y regocijados.

Ya no se va á los toros en caleza, se va en *travata*; ya los trajes de los concurrentes no son adecuados á una fiesta, sino los habituales, al uso francés; ya no despierta alegría popular la fiesta, sino que produce un barullo como otros muchos en la calle de Alcalá, que así puede ser de toros como de carreras: en la transformación inevitable de las costumbres antiguas á las modernas, la fiesta de toros en Madrid pierde su carácter más pintoresco, para tomar el que es propio de la frialdad, sequedad y displicencia de la sociedad presente, atacada de invencible tedio.

La fiesta de toros tenía por sus condiciones externas alguna reminiscencia del antiguo torneo. Este es el carácter que va perdiendo para tomar el de los juegos *circenses*. Lo cual prueba que hasta los toros se paganizan. Así progresamos.

\*\*\*

Celebra un periódico la caridad de las damas del gran mundo que, encerradas en un cajón en los solares de la calle de Sevilla, se dedican en estos momentos á rifar varios objetos para recaudar fondos á beneficio de establecimientos caritativos de esta Corte.

En efecto, hemos visto el cajón y los objetos y las damas, y nos parecería todo de perlas si no supiéramos que algunas de esas damas, que para recaudar dos pesetas se pasan dos horas encerradas en el cajón, tiran en pocos minutos algunos centenares de duros para satisfacer á la vanidad del mundo, ora en alhajas que les sobran, ora en regalos intempestivos, ora en caprichos efímeros que de nada valen y cuestan mucho. Es un sacrificio que, ciertamente, no nos edifica. Comprendemos que será molesto el sitio, que es sobre todo muy descarado, que allí hará calor, que para damas tan distinguidas el trabajo es impropio; pero ¿no podrían esas damas con menor sacrificio conseguir mejores resultados?

Si en vez de ocho sombreros de París tuvieran cuatro de Madrid; si en vez de tener seis abonos á teatros tuvieran dos ó no tuviesen ninguno; si en vez de diez vestidos se contentasen con la mitad, etc., etcétera, ¿cuánto importarían las economías de su presupuesto de gastos superfluos? Bastante más que todo lo que produzca la rifa del cajón, con las graves molestias que ocasiona.

Ahora, si la caridad de estas damas añadiese á sus propias economías el sacrificio de la rifa, entonces el hecho sería digno del mayor aplauso, y reve-

laría un celo por los pobres muy superior al que pueden inspirar las solas virtudes naturales.

La caridad, para ser legítima, ha de reinar en todas nuestras acciones: en casa y en la calle; en la iglesia, en los espectáculos; en el traje y en el porte; en la Corte de los reyes y en el cajón de las rifas.

Sólo á este precio la caridad vale un cielo.

\*\*\*

Como una gran cosa anuncian los periódicos afectos al Municipio que éste ha logrado de los tahoneros que bajen *cuatro céntimos* el kilogramo de pan, lo que viene á ser dos céntimos escasos en la libra. Cuando el trigo está á 34 reales fanega, resulta carísima en 22 céntimos la libra, que es como hoy se paga después de la baja.

Pero el gremio de tahoneros, compuesto en su gran mayoría de franceses, no se contenta con poca ganancia, y nuestro régimen administrativo es tan defectuoso que, según sus intérpretes, no hay defensa contra esos explotadores que quitan á los pobres el pan de la boca.

Empero si el pan está caro, las patatas se van poniendo al precio de las trufas. En esta semana se han pagado á 25 reales arroba, es decir, al precio del arroz, que siempre se ha considerado como alimento más superior y preferente. ¿Qué van á comer los pobres si la patata se convierte en artículo de lujo?

El conflicto no es de hoy ni de ayer; hace años que lo venimos lamentando, y sin embargo, el remedio no llega. Se idean reformas, se anuncian planes, se plantean medidas al parecer bien intencionadas; pero el mal ni cesa ni disminuye, el mal aumenta, y con él la angustiosa situación de los pobres.

¿Será que las conquistas de la civilización moderna sean incompatibles con la existencia de los pobres? ¡Excelente manera de acabar con ellos! Matarlos por hambre. Así se resuelven fácilmente todos los problemas; lo que no se puede desatar se corta.

\*\*\*

Si no lo hubiéramos visto no lo hubiéramos creído: en la sección de anuncios de un periódico de gran circulación se leía estos días el siguiente: «Se cede un hermoso niño á un matrimonio decente.» Es un anuncio que da frío; ¿quién cede el niño? ¿sus padres? Parece imposible, y si no son sus padres; claro está que la cesión será en el fondo una venta; de donde resulta que existen entre nosotros traficantes de niños, como hay tratantes de ganados, de aves y de pesca.

Escritas estas líneas, vemos que otro periódico, por cierto de ideas avanzadas, se hace cargo del anuncio y escribe: «Si se tratara de un negro, ya estarían en campaña cien sociedades caritativas nacionales y extranjeras. Se trata de un blanco y pasará como cosa corriente, hasta que veamos anuncios como éste: «Niños: se compran, venden y cambian.»

«Lo cual prueba que á esas cien sociedades no caritativas, sino filantrópicas, nacionales y extranjeras, lo que menos les importa es el bien de los hombres, sean blancos sean negros, sino el medro personal de los socios, que toman esa bandera como podrían tomar otra cualquiera para sus fines y planes políticos.»

Sólo la Iglesia y las instituciones que nacen de ella saben mirar por el bien de los hombres, hasta el punto de dar á toda hora varones tan heroicos que sacrifican su vida por la de sus hermanos.

El progreso moderno no acabará con la trata de negros en los países en que aún existe; pero en cambio introducirá la trata de blancos en las naciones donde no existió nunca.

Si aquí se ven ya cesiones de niños, ¿qué será luego que el establecimiento del divorcio—nueva conquista que nos enviará Francia—abra el hogar doméstico á las corrientes de la civilización moderna?

\*\*\*

Mientras se halla abierta la Exposición nacional de Bellas Artes con 734 obras nada menos, Madrid puede admirar otra Exposición particular, la de Bosch, también nutridísima de notables obras de arte.

Esta abundancia de artistas en un país como el nuestro, más pobre que rico y escaso en ilustres y acaudalados Mecenas, dará sin remedio un resultado deplorable: que la mayor parte se morirán de hambre, por superar con creces la oferta á la demanda.

Aun así ya estamos viendo á muy buenos artistas convertidos por la necesidad en pintores de pande-retas. ¡Y si no fuera más que esto! Pero ahora se pinta todo: platos, espejos, paletas, abanicos, lámparas y jarrones; y llegará día en que se pintarán las botas y los sombreros y los paraguas, y en vez de los blanquetes de tocador se usarán pinturas al óleo para las mejillas de las damas. Como en la India.

Es preciso dar de comer á tantos pintores para que en el extremo de su desesperación no pinten con colores negros el horizonte de nuestro porvenir.

¡Hermoso poder el de la pintura, que puede cubrir de flores el abismo y de color de rosa el cielo de nuestras esperanzas!

NULEMA.

## CRÓNICA UNIVERSAL



La libertad electoral es para los liberales y revolucionarios una máscara con que disfrazan su tiranía. Buena prueba nos ofrecen las últimas elecciones de Bélgica, de que ya hemos hablado, y las recientes de Italia, que aún han sido más ruidosas y desaforadas.

Los católicos han triunfado en casi toda Italia en estas elecciones municipales, y los liberales lo han llevado tan á mal, que se han lanzado á cometer desórdenes para intimidar á los electores é imponerse por la violencia ya que no pueden por su *propia legalidad*.

El día 8 fué en Roma un día de desórdenes, pues los grupos revolucionarios recorrieron la capital lanzando gritos contra el clero y contra el Papa, en los cuales se mezclaron, como siempre, algunos en favor de la República. Por la noche, el alboroto, que duró todo el día, llegó á tal extremo que la caballería tuvo que cargar sobre los grupos en la plaza Colonna, y la policía se pasó toda la noche haciendo prisiones.

Ya se comprende que, cuando el Gobierno se decidió á usar de tanto rigor, el golpe no iba sólo contra el clero, pues repetidas veces hemos visto que en desórdenes *anticlericales* el Gobierno del Quirinal ha permanecido impasible. Ahora el motín ha tomado un carácter republicano muy marcado, uniéndose en sus anatemas al clero y al Gobierno, al Vaticano y al Quirinal.

Un amigo nuestro nos refería en carta reciente de Roma el desarrollo que allí va tomando el partido republicano, y ciertamente, al ver la ceguedad de los reyes de Saboya, empeñados en mantener el cautiverio del Papa, se llega á sospechar si la Providencia tendrá dispuesto, en sus inescrutables designios, que la república italiana prepare el triunfo del Pontificado, allanando los obstáculos que la política actual opone á la libertad de la Iglesia.

El triunfo de los católicos en las elecciones municipales ha sido completo; en Roma, en Génova, en Nápoles, en Turín ha salido triunfante toda la candidatura católica. Los liberales están furiosos, y acusan al Gobierno de debilidad por no haber atado corto á los católicos.

Y sin embargo, el Gobierno no puede hacer más de lo que hace contra la Iglesia. Lo de la Propaganda no necesita recordarse, y ahora acaba de nombrar inspector central de estudios, director general de Instrucción pública como diríamos aquí, al famoso Carducci, profesor de Bolonia, judío de los peores y autor, entre otras obras abominables, de un himno en alabanza y gloria de Satanás.

Por eso los estudiantes católicos de Italia piensan celebrar en Turín un Congreso para «oponer, dice la proclama, al espíritu de Satanás el espíritu de Cristo».

Se dice que el Consistorio que debía celebrarse este mes ha sido aplazado para otoño.

La salud del Padre Santo, á Dios gracias, inmejorable.

En Alemania se están preparando sin duda grandes reformas políticas, á juzgar por los cambios del personal y reformas de los altos cuerpos del Estado.

Según la *National Zeitung*, los decretos reorganizando el Consejo de Estado y admitiendo al príncipe de Bismarck la dimisión del cargo de Presidente del Consejo de Ministros de Prusia, se publicarán á la vez. El Gabinete prusiano no tendrá presidente ni vicepresidente. Le presidirá el ministro más antiguo.

Al ponerse la primera piedra del suntuoso edificio destinado en Berlín á Parlamento del Imperio, el príncipe de Bismarck ha pronunciado también un discurso muy significativo, en el cual, después de declarar que el nuevo edificio simbolizará la unidad alemana, ha anunciado que en él tendrá el Imperio más vasto campo á sus deliberaciones.

Por lo que se adivina, parece que la política alemana trata ahora de desarrollar un vasto plan colonizador, como medio de resolver la cuestión social, que se agrava por momentos en Alemania. Claro está que nuestras Filipinas no le vendrían mal.

Coincide con este movimiento la intervención asidua del príncipe Guillermo en el Gobierno, previendo sin duda que están contados los días de su anciano padre.



Entre tanto, la cuestión religiosa sin dar un paso. La Iglesia sigue padeciendo los graves daños de la tiranía cesariana.

A pesar de este estado sigue haciendo continuas conquistas, favoreciéndole sobremanera la disolución creciente de las sectas protestantes. Algunos miembros ilustres del protestantismo, preocupados con este hecho, han querido formar una gran secta aliando el luteranismo con el calvinismo bajo el nombre de *unión evangélica*; pero el resultado de esta tentativa ha sido dividirse más y más unos y otros, haciendo más palpable el estado de descomposición de las sectas protestantes.

La población de Londres está muy alarmada por dos enemigos á cual más terribles: la dinamita y las viruelas. A pesar de la proverbial sagacidad de la policía inglesa, todavía no han sido habidos los autores de las últimas explosiones, que causaron en la población un espanto terrible. Baste decir que varias señoras que se encontraban en el teatro de Saint-James, situado á alguna distancia de los lugares en que se verificó la explosión, al oír el ruido espantoso que se produjo se desmayaron y hubo que trasportarlas á sus casas.

Por anónimos recibidos en varios centros administrativos, se sospecha que no será éste un accidente aislado.

En cuanto á la viruela, el pánico es inmenso. Lo demuestra el hecho de haber adquirido varias sociedades de Beneficencia buques que han transformado en hospitales flotantes. Estos barcos están anclados en el Támesis, hacia el mar, y no se les permite comunicar con la tierra.

Las novedades políticas están reducidas á la cuestión de Egipto. Parece ya segura la reunión de la Conferencia, pero aún no está fijada la época. En cuanto al estado de la guerra, las últimas noticias vuelven á ser alarmantes. Soakim se halla muy amenazada por Osmán-Digma, y en vista de este conflicto el Gobierno egipcio, de acuerdo con los ingleses, ha resuelto que todas las tropas de su ejército salgan para aquel punto. A la vez, tres buques ingleses habrán llegado ya de Alejandría para reforzar la escuadrilla de Soakim.

El Gobierno británico, persuadido de que en esta estación sus tropas no pueden intentar nada serio, ha resuelto mantenerse á la defensiva hasta el otoño, en cuya época se llevarán á cabo operaciones decisivas.

El Gobierno francés, según rumores, quiere intentar nuevas aventuras internacionales.

Un diario español de Gibraltar dice que el asunto Chavagnac, la demanda de protección por parte del gran sheriff de Wazán, y la destitución del gobernador de aquella provincia á consecuencia de las enérgicas representaciones de Mr. Ordega, embajador de Francia en Marruecos, parecen el prólogo de algún nuevo drama que Francia quiere desarrollar en Marruecos. Habla después de la rectificación de la frontera de Marruecos y Argel, pedidas por el Gobierno francés, y luego añade:

«Este nuevo asunto, que surge ahora repentinamente ante la diplomacia europea, no deja de entrañar gravedad, porque con el predominio que indudablemente Francia ha de ejercer ahora en la provincia de Wazán con la *protección* otorgada á su sheriff, unamos la rectificación de frontera que ahora pide para acabar con los *árabes merodeadores*, como acabó en otro tiempo con los *krunirs*, y veremos si éste no es motivo, no sólo para alarmar á España, la más interesada, sino también á toda potencia que lo esté en que no se menoscabe la integridad del territorio del imperio de Marruecos.»

Sobre asunto tan delicado no debemos añadir aquí ningún género de comentarios. Allí veremos lo que resulta de la cábala diplomática que ahora están en juego.

Los católicos belgas que completaron el 1 de Junio su triunfo del 25 de Mayo en las elecciones provinciales, conquistando al partido liberal 55 representaciones, acaban de realizar la mayor victoria con el triunfo del día 10 en las elecciones generales de diputados á Cortes.

El éxito ha superado á todas las esperanzas. Los candidatos católicos han obtenido inmensa mayoría, así en Bruselas como en Brujas, en Amberes, en Namur y en las demás ciudades importantes. En los campos el éxito ha sido aún mayor. Todos los esfuerzos del Gobierno para contrarrestar la avalancha han sido inútiles: la unión y el denuedo de los católicos ha vencido todas las resistencias, y el triunfo ha dejado consternados á los liberales, que, aunque

temerosos, no esperaban un fracaso tan completo.

El ministerio de Mr. Frere-Orbán, compuesto de masones, ha sido derrocado al primer golpe. ¡Loado sea Dios!

Ahora lo que es preciso es que los católicos se aprovechen de la victoria y que el triunfo sea duradero. Dios lo quiera.

Hé aquí en resumen las condiciones de paz entre Francia y China, como resultado de la guerra de Tonkín.

Las provincias de Binh Thuan y Thang Hoa se devuelven á Annám.

Se establecerá un sistema aduanero semejante al de Cochinchina.

Los franceses tienen la facultad de ocupar militarmente todos los puntos de Annám y Tonkín que tengan por conveniente.

En la ciudadela de Hué habrá una guarnición francesa permanente.

El Sr. Patenotre ha obtenido la entrega del sello chino y que se indemnice á las misiones.

Los mandarines comprometidos serán amnistiados.

Los periódicos extranjeros refieren que el célebre egiptólogo francés Sr. Maspero ha descubierto entre Asiu y Tebas, cerca de Ejmen, una vasta necrópolis que contiene más de 5.000 momias, pertenecientes en su mayor parte á la época de Ptolomeo.

Lo que da un valor inestimable á este hallazgo, es que esos restos de la antigüedad han permanecido al abrigo de toda expoliación, y por consiguiente que ha de hallarse una rica cosecha de papiros, joyas y otros objetos de gran interés.

M. RIERA.

## EL MONSTRUO



U solo nombre pone espanto... Se llama *Solanum tuberosum*.

Nace alimentándose del jugo de su madre, en lo cual se parece á todos los mamíferos, y sin embargo no es mamífero.

Es la antítesis de otros mamíferos que, al ser padres, empiezan á alimentarse de los jugos de su hija; por ejemplo, los padres de la patria.

El monstruo que voy describiendo afecta las más extrañas, variadas y horribles formas que pueden imaginarse.

Hay ejemplares que presentan una cabeza muy parecida á la de algunos individuos de la especie humana. Los hay con tres, cuatro, seis y más ojos. Otros con cabeza de perro, de león, de caimán. Algunos de cuya cabeza nace otra más pequeña, aunque tan deforme como la primera.

Este vicio de conformación, tan común en el monstruo *Solanum*, es rarísimo en el hombre.

La teratología registra fetos con dos cabezas, pero no nacen en condiciones viables; por lo menos yo no he visto hombres *bicéfalos*. Al contrario, conozco muchos *acéfalos*, es decir, sin manifestación ostensible de cerebro, por más que, anatómicamente considerados, presentan todos los caracteres externos que simulan la existencia de la masa encefálica.

Y es indudable que algo deben tener dentro de la cavidad craneana; pero este *algo* no puede llamarse cerebro, ó en todo caso es un cerebro que no ejerce.

Ahora, si me dijeran ustedes que hay hombres con una sola cabeza que vale por dos, ya es otra cosa: también he conocido algunos. Estos son monstruos más simpáticos y más dignos de envidia que los que están dotados de dos estómagos ó de dos corazones, que también se dan casos.

El monstruo que hoy exhibo al público no se parece á ninguno de los individuos de la raza humana, aunque tenga con ellos algunas analogías.

Desde que nace á la vida exterior, forma familias ó rebaños, como el hombre.

Está en contacto con sus semejantes, á quienes mira con completa indiferencia, como la mayoría de los hombres.

Se separa de su tribu para unirse á otra, se traslada por todos los medios conocidos de locomoción á zonas muy distantes, sin dejar tras sí un recuerdo ni una lágrima, como muchos hombres.

Entra en la casa del magnate, donde se le recibe con menosprecio, y en la del pobre, que le acepta con cariño, como pasa entre los hombres.

Por último, se vende, siempre que haya quien le compre, como tantos hombres... y como tantas mujeres.

Ya ven ustedes si hay paridad de circunstancias entre mi monstruo-*Solanum* y el monstruo-Hombre.

Hay, en cambio, muchos puntos de semejanza entre ambos.

*Solanum*, á pesar de su condición de monstruo, se

complace en acercarse al hombre para prestarle inestimables servicios; le acorre en sus necesidades, le alienta en sus desfallecimientos, le fortalece, le anima para el trabajo, en una palabra, se deshace y se aniquila por serle útil. El hombre se acerca á *Solanum* como se acerca el lobo al cordero: para comérselo.

Pero aquí entra la fase anómala y el carácter contradictorio de la naturaleza de *Solanum*, y por eso hay que clasificarle en la categoría de los monstruos.

Mientras las leyes que rigen su organismo no se quebrantan por agentes extraños á su voluntad, es, como he dicho, el mejor amigo del hombre.

Pero cuando esas leyes se perturban (y se perturban muchas veces por la mano ingrata del hombre mismo), entonces *Solanum* se convierte en tirano y enemigo implacable de éste.

Y como en el fondo de toda tiranía, aunque se ejerza en nombre de la libertad, palpita siempre la injusticia, *Solanum* se aleja de las clases pobres que le miran con cariño, que le distinguen y le buscan, para acercarse á las clases más elevadas, que siempre hablan de él con desdeñosa burla y le postergan en su trato íntimo y en sus relaciones de *asimilación*.

En estos casos es *Solanum* el verdadero monstruo: su nombre corre de boca en boca, todas las conversaciones giran sobre él, de él se ocupa la prensa en sus artículos, de él se trata en el seno de la representación nacional, por él se preocupan las madres de familia y las patronas de huéspedes, por él lloran los chiquillos y se desesperan los mayores, y por él, en fin, los gobernantes temen alteraciones en el orden público y sacudimientos populares que pueden llegar á conmover en sus cimientos las bases de la sociedad...

¡Y todo por las patatas!

Que éste es el horrible vestigio que los botánicos han bautizado con el pavoroso nombre de *Solanum tuberosum*.

La patata, por la absurda carestía que ha sufrido en el mercado de Madrid, está desde hace días sirviendo de pasto á todos los comentarios, ya que no puede servir de alimento á todos los estómagos.

Las patatas, á real la libra en bruto, resultan á treinta céntimos próximamente en estado de servir para la alimentación, puesto que han de ser despojadas de su gruesa envoltura para condimentarlas.

Ahora bien: una familia pobre, compuesta de cinco personas, y cuya base de alimentación es el tubérculo de que voy hablando, necesita, para el sostenimiento puramente necesario de la vida animal por medio de la patata, dedicar cinco ó seis reales diarios á su adquisición, y cuando menos otros tantos al pan; total: diez ó doce reales para no desfallecer materialmente de hambre y poder conservar las fuerzas para el trabajo.

La familia tiene además necesidades no menos apremiantes que las de la comida. Tiene que pagar alquiler de casa; tiene que cubrir sus carnes de alguna manera, porque la autoridad, á quien importa un pito que las patatas se encarezcan, no consentiría que los que no pueden comprarlas saliesen desnudos á la calle; tiene que gastar zapatos ó alpargatas, y tiene, en fin, que sufragar otros gastos de absoluta, imprescindible necesidad, todo esto con un jornal de doce ó catorce reales diarios...

Ya se figuran ustedes la consecuencia que voy á sacar de estas premisas; ¿no es verdad? Pues sospecho que están ustedes muy equivocados.

La consecuencia no tengo yo que sacarla, por la sencillísima razón de que me la encuentro ya sacada, monda y lironda, mondata y partida en rajas como la patata destinada á la sartén.

La consecuencia que sacan los administradores del país, los hombres de gobierno y los solícitos concejales de la Corte, que se desviven por sus administrados, es la siguiente:

«La clase pobre de Madrid es relativamente la más rica de todas las clases pobres de Europa.»

Para llegar á esta conclusión optimista, discurren así:

«La capital de España es la más cara de todas las capitales de Europa, respecto de los artículos de primera necesidad, gracias á la gestión administrativa del Municipio y á los onerosos recargos impuestos á los comestibles.

«La capital de España es la que encierra proporcionalmente mayor número de personas que viven de un reducido jornal ó de un mequino sueldo.

«En la capital de España es donde se pagan más caros los alquileres y donde la gente pobre vive en peores condiciones de salubridad y desahogo.

«En la capital de España, como en todas las capitales del mundo, el que no come tiene pena de la vida.

«Y sin embargo, en esta dichosa capital no se encuentra gente muerta de hambre por las calles...



»Esto quiere decir, ó que las clases pobres han resuelto el problema de vivir sin comer, ó que comen para vivir. En cualquiera de ambos casos no puede negarse que vivimos en la mejor de las capitales posibles...»

Tal debe ser la lógica de nuestros paternos gobernantes. Por eso no muestran alarma ni inquietud porque se encarezcan las patatas, ó suban los garbanos, ó el pan se ponga por las nubes. Está visto que nadie se muere de hambre por eso.

Otra cosa sería si estas subidas en el mercado público se hiciesen extensivas al mercado político; si la subida de la patata coincidiese con la subida, por ejemplo, de los constitucionales ó de los izquierdistas al poder; si el acopio de votos para unas elecciones de diputados ó de concejales se hiciese tan difícil como el acopio de víveres para las familias pobres; si los destinos públicos fuesen tan inaccesibles para los que engordan con la política como lo son los alimentos sanos y nutritivos para los que trabajan útilmente en beneficio de la sociedad y en el desarrollo de los elementos de prosperidad del país.

Entonces sí que veríamos solícitos y activos á nuestros ediles, multiplicándose por acarrear comestibles á las plazuelas de la política y por facilitar las transacciones más inverosímiles con los abastecedores de la cosa pública...

Pero mientras este caso no llegue, «ahí me las den todas, dice con mucha razón el Concejo madrileño; si las patatas se encarecen porque escasean, en cambio las calabazas abundan y aquí podemos darnos casi de balde...»

Aquí llegaba de mis vegetales reflexiones sobre la patata, cuando entró en mi cuarto Roque á decirme que me esperaba la sopa en la mesa.

Abandoné la poltrona que me sirve hace cuarenta años delante de mi mesa de escribir, coetánea de la poltrona, y me trasladé al comedor apoyado en el brazo de mi criado, algo más antiguo en mi servicio que la mesa y la poltrona.

Mientras me servía la comida, traté de adquirir de él algunos datos relacionados con el asunto de mi artículo. De las noticias de Roque resulta, para vergüenza mía, que vivo tan atrasado en materia de patatas como en materia de política.

—Sí, señor — me dijo; — es cierto que las patatas llegaron á costar á dos reales el kilogramo, pero luego han bajado algunos céntimos.

—¿Y á qué atribuye la gente esa carestía? — le pregunté.

—Cada cual la explica á su manera — me respondió.

—Cuéntame algo de lo que dicen.

—Pues mire usted, la cocinera del general nuestro vecino, que como usted sabe se ha declarado de oposición al Gobierno...

—¿Esas tenemos? ¿La vieja Crispula se ha pasado á la oposición?

—No hablo de la sirvienta, sino del amo... Pues como iba diciendo, la Crispula afirma que la subida de las patatas es cosa del Gobierno...

—¡Hombre, hombre, esa cocinera ha olvidado echar sal en la olla de su entendimiento!

—Dice que el Gobierno ofreció, cuando las elecciones, á los que cosechasen votos para sus amigos y cultivasen patatas, que influiría para que éstas se vendiesen más caras, y con esta promesa le salieron más baratos los votos.

—¡Soberbia explicación!

—Aniceto, el ayuda de cámara del diputado don Sisebuto, que es y seguirá siendo ministerial, aunque se ponga el ministerialismo tan caro como las patatas, dice que la carestía es obra de los fusionistas, que han formado una coalición para retirar del mercado todas las patatas que puedan á fin de encarecerlas, y después echar la culpa de la carestía al Gobierno.

—También es ingeniosa la observación.

—Añadía (pero esto me lo dijo en confianza) que su amo tiene desde hace cuatro años aprendido de memoria un discurso muy elocuente, para improvisarlo en el Congreso, sobre los manejos subterráneos de los enemigos del reposo público (que son todos los enemigos del Gobierno de quien sea ministerial D. Sisebuto cuando pronuncie el discurso), y que para poder aprovechar ese trabajo parlamentario convenía hacer atmósfera de patatas, ahora que se presentaba una ocasión oportuna.

—Perfectamente... Sigue tu cuento, que á fe que es entretenido.

—Otros dicen que las patatas están caras porque los que negocian en grande escala con este artículo se han valido, como pretexto, de las inundaciones de Levante, para hacer creer á la gente que hay gran escasez de ese comestible, y han detenido sus cargamentos de patata á alguna distancia de la Cor-

te, dejando sólo llegar al mercado pequeñas cantidades para producir el alza y hacer luego su Agosto.

—Eso ya tiene visos de razonable.

—Dicen también algunos que, lejos de ser una calamidad la carestía de las patatas, es un beneficio inmenso, y que lo será mayor el día en que se coticen á peseta la libra.

—Esa explicación es nueva y atrevida. Veamos.

—Porque dicen que la patata es un alimento que destruye, en vez de reavivar las fuerzas, que enerva y debilita el organismo animal, y á esto se debe la degeneración y empobrecimiento de la raza humana desde que se conoce la patata. Añaden que cincuenta gramos de carne contienen más principio nutritivo que cuatro kilos de patatas. La carne, exclusivamente la carne, es la que hace á los individuos robustos y vigorosos y evita la mayor parte de las enfermedades que nos afligen.

—Serán hombres sabios y profundos observadores los que así se explican.

—Lo oí ayer en un un corro de carniceros en el café de Gallo...

—Basta, basta, amigo Roque. Ha terminado la comida y la conversación de las patatas. Ahora acompáñame á mi despacho para concluir el artículo.

BLAS.

## LOS GRABADOS

### PARTIDA DE ÁRABES INSURRECTOS EN EL SUDÁN

La guerra de Egipto está llamando la atención del mundo entero, porque es un problema cuya solución no alcanza la diplomacia europea. Por eso todas las *Ilustraciones* le dedican singular interés, publicando vistas de los lugares, tipos y acciones de guerra, que por la novedad del país y de los naturales son miradas con viva curiosidad. Hé aquí una partida de insurrectos, árabes de raza, merodeadores de oficio, secuaces del Madhí y enemigos encarnizados de Inglaterra.

El carácter, las costumbres, la vida errante de estos hombres, constituye el gran peligro para los ingleses, que tienen que luchar con circunstancias opuestas en un país cuyo clima no pueden resistir. Por eso es tan problemático el término de la guerra, que parece destinada á prolongarse indefinidamente.

### CAMINO DE EMAÚS Á JERUSALÉN

Cítase muchas veces en el sagrado Evangelio este camino venerable que varias veces recorrió Jesucristo, y donde, según refieren los Evangelistas, se apareció nuestro divino Redentor á dos de sus discípulos el día de su gloriosa resurrección.

El grabado es copia exacta de una fotografía de modo que reproduce hasta en sus menores accidentes el aspecto del famoso camino, que es, como todos los que conducen á Jerusalén, áspero y pedregoso. Emaús está situado á dos leguas de la ciudad santa. Según la tradición, en esta aldea nació el discípulo San Cleofás, uno de aquellos á quienes se apareció el Señor, el cual, según la misma tradición, sufrió aquí el martirio y fué sepultado en la casa donde había dispuesto la cena al Salvador. En el lugar que ocupó esta casa se erigió un templo, que se hallaba casi arruinado cuando la piadosa marquesa de Nicolay lo restauró, edificando contiguo á él un convento y hospicio para peregrinos, al cuidado de los PP. Franciscanos de Tierra Santa. En el templo restaurado fué sepultada la marquesa, que murió en opinión de santidad en 1868.

Todos los años, el lunes de Pascua de Resurrección se verifica una devota peregrinación á Emaús, presidida por el Rmo. P. Custodio de Tierra Santa, al que acompañan muchos religiosos, peregrinos y fieles. Salen por la puerta de Jafa, deteniéndose en la fuente milagrosa, llamada también de los Apóstoles, y al llegar al santuario, un sacerdote con roquete y estola canta el Evangelio de San Lucas, que refiere la aparición del Salvador. Cumplida tan piadosa devoción, los PP. Franciscanos sirven un refresco á los peregrinos, y después todo el mundo descansa hasta la hora de cenar. Al día siguiente muy temprano dícense las misas rezadas, concluidas las cuales empieza, á cosa de las nueve, la cantada con la posible solemnidad. Después de la comida bajan todos en comunidad á la iglesia, y tenido un rato de oración regresan á Jerusalén. Antiguamente, el reverendísimo P. Custodio distribuía pan á los peregrinos, en memoria de la cena que allí mismo había hecho el Señor con dos de sus discípulos. Hé aquí lo que se viene practicando, con cortos paréntesis, desde tiempo inmemorial <sup>1</sup>.

### LA VUELTA DEL TRABAJO

En la última Exposición de Bellas Artes se acaba de premiar un cuadro muy semejante al de nuestro grabado. Varias aldeanas regresan del trabajo.

### SAN LUCAS

Estatua del patio de los Evangelistas en el Escorial.

En el centro de la gran galería del Escorial se forma un patio-jardín de 166 pies por cada uno de sus lados.

En el centro, y en medio de cuatro estanques, hay un

<sup>1</sup> Del *Diario de una peregrinación*, de los Sres. Fernández Sánchez y Freire.

templete de figura octógona, revestido de mármoles y jaspes de diversas tintas y matices, con embutidos, cuadros, fajas y cornisas. Fué trazado por Herrera. En este templete se hallan colocadas las estatuas de los Evangelistas que dan nombre al patio. Son de nueve pies de altura, labrados en rico marmol de Génova por *Juan Bautista Monegro*, con los atributos respectivos y algunos textos del Evangelio en el idioma que originalmente lo escribieron, aunque traducidos al latín. El de San Lucas dice así: «Yo os bautizo con agua; otro vendrá más fuerte que yo: éste os bautizará con el Espíritu Santo y con fuego.»

## ESTUDIO

### ACERCA DEL DOGMA DEL FIN DEL MUNDO

(Conclusión.)

Habiendo invadido la región de Budha la mayor parte del Asia, sembró por todas partes, con sus doctrinas, la creencia en el fin del mundo, si no modificó una opinión que le ha precedido. Así, lo que el P. Longobardi cuenta, según Leland, con motivo de los letrados chinos, nos parece que no es otra cosa que la concepción budhica. «El P. Longobardi, leemos en la *Revelación probada por el paganismo*, observa que esta doctrina es la de los letrados. Suponen éstos que la duración del mundo presente está limitada á cierto número de años, al fin de los cuales el Universo perecerá con todo lo que contiene, los espíritus, y con ellos el *Thson-Chin* y el *Xang-Ti*, es decir, Señor del cielo. Todas las cosas volverán, pues, al primer principio, para producir otro mundo semejante al precedente; este nuevo mundo perecerá á su vez y será seguido de otro, y así sucesivamente y sin fin.»

No sería muy fácil descubrir la tradición del fin del mundo en todos los pueblos de la Tierra. Pero estaba reservado á los brahmanistas y á los estoicos darle una forma fantasmagórica hasta el exceso. Los persas son más razonables. Creen en la resurrección de los muertos, y admiten que este suceso se cumplirá en medio de una catástrofe universal. Según el *Boun-Deheseg*, uno de sus libros sagrados, el cometa Gaultchar, al hallarse en su revolución debajo de la Luna, caerá sobre la Tierra; la Tierra, herida, temblará como el cordero delante el lobo; el fuego hará rodar las montañas como el agua de los ríos; los hombres pasarán á través de estas olas y serán purificados; harán sufrir poco al justo; por el contrario, el malvado experimentará todo su furor, pero su tormento acabará y obtendrá la pureza y la dicha.

Recojamos, en fin, un monumento de la antigua tradición en el continente americano. No pudimos recoger otro de esta clase. Los aztecas han sido el pueblo en quien la creencia en el fin del mundo estaba más profundamente grabada. No estaba consignada en libros escritos, sino impresa en el espíritu de todos por ceremonias periódicas. El siglo de los aztecas no comprendía más que cincuenta y dos años, y al fin de un período semejante es cuando ellos estaban convencidos de que sería destruido el Universo. Así el año cincuenta y dos era en todo Méjico una época de tristeza y duelo, y se terminaba con una fiesta lúgubre. El pueblo en masa se dirigía durante la noche hacia la montaña Huixachteatl, donde los sacerdotes inmolaban una víctima humana, después de lo cual se esperaban otros cincuenta y dos años. Los historiadores de Méjico no dicen de qué modo debía acabar el mundo según los mejicanos.

Hé aquí todo lo que nuestros esfuerzos nos han suministrado con relación á los pueblos de fuera de Judea. No hablamos del Korán, donde no se encuentran más que fragmentos del Evangelio, muy fáciles de reconocer á pesar de los grotescos ornamentos de que les cargó Mahoma. Los testimonios de la creencia del género humano en el fin del mundo han sido probablemente recogidos de los pueblos que tienen monumentos históricos, entre las razas superiores en que han reinado el brahmanismo, el budhismo, el mardeísmo y el politeísmo griego, á los cuales es preciso añadir los aztecas, esta extraña nación que lleva á América todas las tradiciones del antiguo mundo. Los egipcios solamente parecen formar una excepción. Conocido es el famoso pasaje del *Timeo*, en el que Platón recuerda una conversación de Solón con los sacerdotes del Egipto: «Solón, Solón, vosotros los griegos sois siempre niños... Los hombres han sido y serán frecuentemente destruidos por causas diversas, sobre todo por el agua y por el fuego.» El relato prueba que los sacerdotes no hablaban de una destrucción universal, pues, según ellos, el fuego perdona los lugares bajos y humildes, y el agua las colinas y las montañas. Sin embargo, no está fuera de razón ver en estos incendios y cataclismos parciales un vestigio



de la creencia común. Entre las muchedumbres in-doctas, la predicción de sucesos que no debían cumplirse más que en un porvenir prodigiosamente lejano no habrá hecho bastante impresión para dejar señales duraderas.

Nosotros creemos que la lógica obliga a reconocer en una tradición común el origen de la creencia general en el fin del mundo. Sin duda el conocimiento verdaderamente tradicional y universal de la formación del universo al principio de los tiempos conduciría, por una especie de analogía espontánea, a prever el fin de este inmenso organismo, porque el hombre ve morir todo lo que ve nacer; la muerte, fin del mundo, es como el corolario de su nacimiento. Pero la forma que toma la creencia común no se explica por una inducción más ó menos rigurosa, y supone otra causa.

En medio de las fabulosas fantasías y variaciones de imaginación para explicar entre las diversas razas la destrucción del Universo, hay un punto que permanece en todas partes idéntico: en todos los climas, bajo todas las latitudes, en todos los lugares, es el fuego el que consume esta ruina. Por otra parte, se convendrá en que si el fin del mundo está contenido en el hecho de que tuvo principio, este hecho no nos indica absolutamente que deba perecer por el fuego. Ningún principio metafísico, ninguna observación de la ciencia obliga a los seres materiales a disolverse en un vasto incendio. Pero una convicción general, que no se deriva de la razón ni de la observación, supone necesariamente una tradición común. La creencia en el fin del mundo supone, pues, una enseñanza común, la cual, según todas las probabilidades, debe ser anterior a la dispersión de los pueblos.

## II

En ninguna parte es más firme la creencia en el fin del mundo, ni más precisa, ni más universal que entre los pueblos cristianos. La palabra de Jesucristo particularmente, según está consignada en el capítulo xxiv de San Mateo y en el xxi de San Lucas, es causa de ello. Nosotros debemos examinar ahora si, como pretenden los incrédulos, esta divina palabra no es en realidad más que un eco de las tradiciones comunes.

Es preciso distinguir en el pasaje aducido por los dos evangelistas lo que supone y lo que forma su objeto. Se cree bastante gratuitamente que este objeto es el anuncio del fin del mundo: este punto de vista no es exacto. El fin del orden actual de la creación está profetizado por incidencia de dos versículos, á los cuales no se presta quizá bastante atención. Estos versículos son el 34 y 35 de San Mateo (32 y 33 de San Lucas), cuya traducción es como sigue: «En verdad os lo digo, no pasará esta generación sin que todas estas cosas se cumplan; los cielos y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.» La profecía está explicada claramente por estas palabras: «los cielos y la tierra pasarán»; está igualmente contenida en las que preceden. Según Maldonado, y creemos que tiene razón, la «generación» de que se habla aquí es el género humano, y aun en un sentido más general, el orden actual del Universo, según esta expresión del *Genesis*: «Tales son las generaciones del cielo y de la tierra.» Los dos versículos ofrecían, pues, este sentido: «Yo os afirmo que cuando llegue el fin del mundo tendrá lugar todo lo que acabo de anunciaros; porque los cielos y la tierra perecerán, pero mis palabras no perecerán jamás.» Además, en todo el cap. xxiv el dogma del fin del mundo se supone ya conocido. Lo que nuestro Señor muestra en el porvenir de los siglos no es precisamente el fin de los siglos, de lo que no dudaba ninguno de sus discípulos, sino las señales de la próxima ruina de Jerusalén y las de su segunda venida, los cuales serán conjuntamente los signos de la ruina del Universo. Este objeto, propio de la profecía, está indicado claramente por la pregunta de los Apóstoles.

Después de haber predicho, al salir del templo, que no quedaría piedra sobre piedra de aquellas soberbias construcciones, había subido el divino Maestro al monte de las Olivas, desde donde se descubrían los sagrados atrios. Él se sentó delante del templo, y Pedro, Santiago, Juan y Andrés se aproximaron y le hicieron esta pregunta: «Dinos cuándo tendrán lugar estas cosas, y cuál será la señal de tu venida y de la consumación de los siglos.» Los Apóstoles no se informan de si el Universo perecerá un día; acerca de esto no tienen la menor incertidumbre; su convicción es completa. Quieren solamente conocer por medio de qué signos precursores se sabrá que la destrucción del templo en primer lugar, y después la del Universo, se aproxima. Jesucristo les responde conforme á su pregunta, y esta respuesta es también objeto del capítulo xxiv de San Mateo y

xxi de San Lucas. Es, pues, engañarse grandemente buscar el origen de las palabras del Salvador en tal ó cual opinión más ó menos extendida, más ó menos fantástica, con relación al fin del mundo. Jesucristo no predice este gran acontecimiento; anuncia solamente algunas de sus circunstancias, y estas circunstancias, como vamos á ver, no se hallan en tradición alguna.

La ruina de Jerusalén debía estar ligada simbólicamente á la del Universo. Las profecías de nuestros libros sagrados ofrecen con frecuencia la singularidad característica de ofrecer dos sentidos: el uno referente á un acontecimiento próximo, el otro á un suceso lejano; el cumplimiento del primero prueba la verdad de toda la profecía y garantiza el cumplimiento del segundo, que siempre forma el punto más importante. Jerusalén, en el pensamiento del Salvador, es una figura del mundo; su destrucción es ya un signo, pero un signo lejano de la destrucción general. La capital de la Judea cayó exactamente, como se había predicho medio siglo antes, sobre el monte de las Olivas. La primera señal se muestra ya. Debe convenirse en que la profecía que lo anunciaba no fué tomada de las tradiciones de ningún pueblo de la Tierra.

En cuanto á las señales próximas del fin del mundo, las cuales lo son á la vez de la última venida del Salvador, se distinguen notablemente de las tradiciones extranjeras. Jesucristo no quiere manifestar el tiempo preciso de la gran catástrofe. Esta incertidumbre debemos observar que es necesaria al buen orden de nuestros negocios acá abajo. Los pensadores de filosofía ó de religión se conducen de un modo enteramente contrario. Ellos calculan los tiempos y se permiten fijar rigurosamente los datos. Entre la creación y la destrucción del mundo, cuenta Zoroastro 12.000 años; Zenón, 300.000; el autor del *Visnú Purana*, 12.000 años divinos, es decir, 4.320.000 años humanos. Sin duda la poca fe que se concedía á estas cifras las hacía sumamente inofensivas. Estos inventores son formalmente condenados por estas palabras: «Pero de aquel día y hora nadie sabe, ni los ángeles del cielo, sino sólo el Padre.»

Mas si Jesucristo no ha querido satisfacer nuestra curiosidad señalando el momento mismo en que se acabará nuestro universo, da á entender suficientemente que este tiempo está relativamente próximo. «Este Evangelio, dice (v, 14), será predicado en todo el Universo para testimonio de todas las naciones; entonces vendrá el fin.» La predicación del Evangelio por todo el Universo es, pues, el primer signo próximo. San Lucas trae á la cuestión estas otras palabras, que al confirmar las precedentes añaden á ellas un nuevo detalle: «Jerusalén será pisoteada por las naciones hasta que los tiempos de las naciones se cumplan.» Los tiempos de las naciones, ¿significan el intervalo de tiempo durante el cual los pueblos de la Tierra recibirán sucesivamente la enseñanza del Evangelio, ó aquel durante el cual se hará acreedor el género humano al castigo anunciado por la caída de la ciudad? Las dos interpretaciones parecen igualmente probables. Pero hé aquí lo que parece expresar claramente nuestro texto: los judíos no volverán á ser dueños de su capital antes del día en el cual Jerusalén esté á punto de perecer definitivamente con el Universo. La vuelta de Jerusalén al poder de los judíos será, pues, una segunda señal próxima. Se confesará, sin duda, que ni la predicación del Evangelio por todo el Universo, ni la condición á que Jerusalén se encuentra condenada hasta los últimos tiempos, están tomadas de las teorías de los estoicos ni de los budhistas.

Los sucesos que pertenecen propiamente á la historia de los judíos y á la de la Iglesia no han podido ser concebidos por hombres que conocían poco á los judíos y que no han conocido absolutamente la Iglesia. Pero el Universo no es propiedad privada de ningún pueblo; así es que puede hablarse de ello bien ó mal en todos los países. En la India, en la Bactriana, en Europa, en América, la imaginación del pueblo, de filósofos y de los sacerdotes ha podido hablar gratuitamente acerca de este punto. Mas ¿ha encontrado algo que recuerde los términos del Evangelio? Nuestro Señor da como señal de su futura venida fenómenos del orden físico, efectos de las convulsiones de la naturaleza desfallecida. El oscurecerse el Sol y la Luna, el caer las estrellas, la turbación de las fuerzas cósmicas, ¿son, por ventura, circunstancias que pertenecen á las tradiciones de los demás pueblos? Léase la exposición que hicimos en otro lugar, y se verá que ni uno de los rasgos del Evangelio se encuentra en ella, si se exceptúa la *Voluspa* de los escandinavos. En efecto, leemos allí que *el Sol se oscurece y desaparecen las estrellas*. Pero el editor francés de la *Voluspa*, F. G. Bergmann, prueba que este poema es del siglo ix de nuestra era. Se puede ver aún una lejana analogía entre uno de los signos anunciados por Jesucristo y un pasaje del

*Boun-Dehesch*. Según este libro sagrado del mardeismo, el cometa Gaultchar, pasando al fin de los tiempos por debajo de la Luna, caerá sobre la Tierra. Pero además de que es temerario, por lo menos, reconocer algún parecido entre el accidente del cometa Gaultchar y la caída de las estrellas, nada nos autoriza para creer que este pasaje del *Boun-Dehesch* sea anterior á la época cristiana. El *Boun-Dehesch* es una colección de antiguas tradiciones, compuesto entre los siglos iii y v de nuestra era, es decir, en medio de los elementos cristianos con que la predicación del Evangelio había inundado entonces la Persia. ¿Quién puede, dadas estas condiciones, asegurar cuál es lo que propiamente corresponde á la religión de Zoroastro?

Después de haber anunciado á sus discípulos las señales de su última venida, Jesucristo les presenta el cuadro del Juicio universal. Lo que caracteriza esta escena formidable, es la separación definitiva y eterna de los buenos y los malos. «¡Id, dirá el Juez soberano á los réprobos; id, malditos, al fuego eterno!» Pues bien, según la doctrina mardeista, el incendio final del Universo tendrá resultados completamente opuestos, pues purificará á los malvados y aun al horrible Arimanes; este principio del mal se confundirá en un eterno fuego con Ormuz, el principio del bien, de la luz y de la santidad. Entonces comienza para los buenos y los malos reunidos una felicidad que no tendrá fin. En verdad que una oposición semejante excluye toda relación; lo contrario sería suponer que el día puede nacer de la noche.

Las circunstancias que dice el Evangelio deben acompañar á la destrucción del Universo, no son una enseñanza derivada de las tradiciones universales, por la sencilla razón de que nadie da lo que no tiene. Hé aquí un punto que nos parece ahora que está bien sentado. Si se preguntase cómo se había difundido el conocimiento del fin del mundo hasta hacerse vulgar entre los judíos, no tendríamos necesidad de recurrir á influencias extrañas.

El libro de Henoch, aunque apócrifo, parece contener las principales creencias que corrían por la Judea hacia el tiempo de Jesucristo. Esto supuesto, veamos cómo resume Mr. F. Delaunay un pasaje de dicho libro, que se concreta á la cuestión presente: «Cuando los hombres hayan colmado la medida de sus iniquidades para con Dios y para con Israel, entonces vendrá el gran cataclismo, del cual no fué el diluvio más que el prelude y como una advertencia. Esta vez la justicia divina llegará á su colmo; el mal será vencido para siempre; la Tierra será purificada por el fuego, no ya por el agua; bajo nuevos cielos y sobre una nueva tierra comenzará el reino sin fin del Elegido, reino de justicia, de felicidad y de paz, verdadero reino de Dios, en el que Israel será el pueblo rey.» (*Monjes y Sibilas*, pág. 227.)

Se ha pretendido que esta creencia era una emanación de las doctrinas de Zoroastro, recogida por los judíos en su contacto con los asirios y babilonios. Se echa en olvido que para conservar la pureza de la religión nacional el legislador de los judíos había inspirado á este pueblo la aversión hacia los extranjeros, hacia los gentiles, y el horror á sus doctrinas. Los libros sagrados, sobre todo, estaban guardados con especial celo de todo contacto profano. De este modo el judaísmo es enteramente puro y completamente indígena. Pues bien; el dogma del fin del mundo está enunciado en términos clarísimos en la Biblia. Citemos algunos ejemplos, sacados de libros anteriores todos á la cautividad. En el salmo ci, dice á Dios el salmista: «En el principio, Señor, colocasteis los fundamentos de la Tierra: los cielos son obras de vuestras manos. Ellos perecerán, pero Vos, Vos sois eterno; ellos envejecerán como un vestido, Vos los mudaréis como una tienda y se encontrarán cambiados; en cuanto á Vos, sois siempre el mismo y vuestros años no pasarán.» Job une la resurrección del hombre á la destrucción de los cielos. «Así, dice en el cap. xiv, el hombre dormido (muerto) no se levantará, no se despertará hasta que el cielo sea destruido: *donec attecatur coelum*.» Isaías es más explícito: «Naciones, aproximaos y escuchad; pueblos, estad atentos; que la Tierra y todo lo que ella encierra y todo lo que produce preste oído. La cólera del Señor cae sobre todas las naciones, su furor sobre todo su ejército; Él los ha matado, Él los ha abandonado á la muerte... Y todo el ejército de los cielos se disolverá (*tabescet*), y los cielos serán arrollados como un libro, y todo su ejército caerá como cae la hoja de la vid y la de la higuera» (cap. xxxiv). Dice también (cap. li): «Levantad vuestros ojos hacia el cielo; inclinaos para ver la Tierra, porque los cielos se desvanecerán como el humo, y la Tierra se ajará como un vestido, y sus habitantes perecerán como todo lo demás.»

Se presta á los ricos, es verdad, y los incrédulos nos lo prueban cuando hacen tantos esfuerzos para



introducir elementos extraños en la religión de Israel; pero los ricos no toman prestado aquello de que están suficientemente provistos. Los judíos tenían en sus libros religiosos y en la tradición de sus profetas la revelación de la destrucción futura del Universo; esta creencia era hacía mucho tiempo para ellos un bien doméstico, una herencia. Añadamos á esto que tenía una adhesión inquebrantable á la palabra de sus escritores sagrados, á quienes miraban como enviados de Dios, y que no sentían sino desprecio y horror por los dogmas de las religiones extranjeras. ¿No es insensatez pretender que, desdenando una fuente venerada, hubieran tomado de un manantial maldito una enseñanza que ya tenían, y á la que un origen semejante no habría dejado de cubrir de des crédito?

Pero el simple recuerdo de los términos en que se expresa la creencia de los judíos, y de los en que se exponen los sueños de los gentiles, muestra claramente que de éstos á aquéllos no es posible la derivación. ¡Qué sencillez, qué sobriedad, y al mismo tiempo qué solemnidad, qué majestad en la palabra de David, en la palabra de Job, en la palabra de Isaías! Evidentemente el profeta traduce con una emoción contenida, pero fiel, un pensamiento que no es suyo, que le es impuesto. Él escucha y repite lo que oye. Es uno que mira y expresa en lenguaje humano lo que ve; no es un poeta que inventa, que crea antes de cantar. Al contrario, ¿qué observamos por todas partes si salimos de la Judea? Poetas, nada más que poetas dando libre curso á una imaginación calenturienta. Tomando de las tradiciones comunes del género humano este tema: «el mundo acabará por el fuego», lo adornan, la cargan de sucesos, en los cuales lo grandioso, lo ridículo, lo grotesco y lo imposible se mezclan, se siguen y tropiezan hasta espantar á la ciencia y á la razón más acomodaticia. No; la sabiduría no se pone al lado de la locura, y si alguna vez comete este dislate, lleva señales evidentes del delirio. Todo es sano, razonable, y está por encima de la crítica, en los textos de la Biblia; pues no tienen nada de común con los del *Zend-Avesta*, de los *Puranas* y de los demás libros de las religiones extranjeras.

El dogma de los cristianos acerca del fin del Universo es un dogma purísimo, pues procede sin mezcla de la palabra misma de Dios.

J. DE BONNIOT.

#### LOS TORIBIOS DE SEVILLA

Es muy común en nuestra patria dispensar más aprecio á lo extraño que á lo propio, estudiar y conocer con ahínco lo que pasa en el extranjero, y desconocer, ó quizá desdenar, lo que tenemos en nuestra casa; no pocas veces acontece que apreciamos nuestras cosas cuando los extranjeros nos enseñan á no desdenarlas. Tal es lo que sucede en lo relativo á nuestras casas correccionales, objeto hoy día de serios estudios administrativos. Sabemos lo que pasa en Metz<sup>2</sup> y otros establecimientos correccionales de

<sup>1</sup> Con motivo de la nueva Cárcel Modelo se ha suscitado una interesante polémica sobre sistemas penitenciarios. Para ilustrar este asunto publicamos la siguiente Memoria, leída por su autor en la Real Academia de Ciencias Morales.

<sup>2</sup> Han escrito acerca de este correccional los señores D. Cristóbal Lecumberri y D. Francisco Lestres.

niños vagabundos ó pervertidos, y apenas tenemos noticia de lo que hubo, de lo que se ha perdido ó ha sido destruido, de lo que pudiera haber en determinados casos y con ciertas condiciones, puesto que ya lo hubo.

Nos es conocido también el origen del hospicio de *Tata Giovanni* en Roma, al que tenía gran cariño el venerable Pontífice Pío IX, que en su juventud algunas veces lo frecuentaba y servía en él casi como si fuera un capellán. El *Tío Juan* (que eso quiere decir *Tata Giovanni*) era un pobre albañil de Roma, apellidado Borgi, tan sobrado de caridad

La casa estaba en el sitio que ocupó el gran teatro de Pompeyo, y aún subsiste allí.

El sistema que se sigue en algunas penitenciarias de Escocia lo tenía el Sr. Montesinos en el presidio de Valencia, y personas que han estudiado esto suponen que los directores de aquellos establecimientos tomaron la idea de éste, desarrollándola.

Lo que sí puede asegurarse en otro concepto, es que hoy en París se da mucha importancia al establecimiento de casas ú hospederías gratuitas para albergarse por la noche, y este pensamiento me consta que es originariamente español. Véase el origen de esa idea:

Los socios de San Vicente de Paul en Murcia acordaron alquilar una casa con algunas camas para albergar en ella por la noche á los pobres que andaban por la calle sin tener donde guarecerse. Aquí no chocó ese pensamiento ni llamó la atención, pero sí en París cuando se dió cuenta de ello, pues desde luego acogieron la idea algunos socios, alquilaron una casa y principiaron á recoger algunos pobres de los que andaban por las calles de París sin tener donde recogerse. La obra ha ido tomando grandes proporciones, se ha reglamentado y prosperado, y son ya muchos los millares de pobres de todos sexos, edades, clases y condiciones que alberga anualmente, dándoles asilo hasta por tres noches. Ahora el Municipio quiere abrir otro establecimiento filantrópico análogo, y en competencia quizá con el caritativo, ó lo tiene ya establecido.

Aquí teníamos desde el siglo XVII la Hermandad del Refugio, que en su hospital de San Antonio de los Portugueses daba asilo por la noche á los pobres forasteros ó sin domicilio, haciendo además que algunos hermanos saliesen por las calles á recogerlos y conducirlos allá, donde se les daba una ligera cena, y cama decente y cómoda por una noche. Es decir, que ahora están haciendo en París oficialmente lo que aquí se viene practicando hace dos siglos, lo que hace igual tiempo practicaban en Sevilla D. Miguel de Mañara, el supuesto D. Juan Tenorio, lo que había y aún hay en otros muchos puntos de España. ¿Y qué hemos hecho aquí con ellas, y qué se hace por nuestros escritores? Relegar esas instituciones al campo de la novela, desprestigiarlas, ponerlas en caricaturas, despreñarlas y olvidarlas. En Madrid, los pobres mismos favorecidos por el Refugio, y que más de una vez han acudido á su amparo, la llamaban burlescamente *la ronda de pan y huevo*, y los escritores frívolos hablan generalmente de esa

piadosa hermandad como de una ridícula antigualla.

Con la noticia de los establecimientos de caridad y beneficencia de Madrid y de corporaciones, institutos y asociaciones que se dedican al socorro de los desvalidos, en ésta se formó años pasados un lindo tomito<sup>1</sup> que se pensaba reimprimir todos los años, aumentado y modificado.

Por el mismo tiempo ó poco antes que *Tata Giovanni* emprendiese en Roma su caritativa y duradera empresa, un pobre montañés se dedicó en Sevilla á una tarea análoga, pero más ardua, pues no recogía pobres huérfanos, desvalidos y desamparados, sino á muchachos traviesos, díscolos, ladronzuelos, hol-

<sup>1</sup> *Madrid caritativo y benéfico*. Guía indispensable de pobres y bienhechores. Madrid, 1875. Un tomo en 8.º de 300 páginas.

Como no se ha logrado colocar la 1.ª edición, no ha sido posible reformarla y aumentarla.

#### RECUERDOS DE TIERRA SANTA.



CAMINO DE EMAÚS Á JERUSALÉN.

como escaso de recursos; con todo, llevado de aquella virtud ardiente que allana los montes y en nada halla obstáculos, principió á cobijar niños desamparados. Juan Borgi solía visitar los hospitales de Roma los domingos por la tarde. Viendo que algunos muchachos, al salir del hospital, no tenían donde albergarse por ser pobres huérfanos, los llevaba á su casa, los mantenía y cuidaba con el producto de su trabajo, hasta que lograba ponerlos en algún taller ó enseñarles oficio. Personas caritativas comenzaron á darle limosnas con este objeto: pudo entonces mejorar de vivienda y recoger por la noche á los alumnos, á quienes proporcionaba aprender oficio y que no tenían donde albergarse. No eran jóvenes incorregibles, aunque la mayor parte de ellos no serían antes de aquel tiempo modelos de virtud. Era esto á mediados del siglo pasado. El tío Juan Borgi murió en Roma en 1798. Al morir tenía recogidos en su asilo más de cien muchachos.





LA VUELTA DEL TRABAJO.





gazanés, de padres desconocidos, ó abandonados por sus viciosos padres, cosa tanto más meritoria cuanto más difícil. La empresa del tío Juan el de Roma prosperó y subsiste, es conocida por todo el mundo y aplaudida; la empresa del tío Toribio el español, más difícil y más meritoria, fracasó, y ha llegado á nosotros con cierta reputación terrorífica por un lado, grotesca y burlona por el otro.

¿Qué se sabe hoy día acerca de los célebres *Toribios* de Sevilla? La generación adulta oyó hablar de ellos y nombrarlos unas veces con risa, otras con terror: la generación joven ya ni aun los oye nombrar; por eso, si fueron *célebres* en otro tiempo, hoy ya no lo son. Era muy común en la primera mitad de este siglo al ver un joven travieso, indócil, maligno, holgazán, el decir: «¡Ese debiera estar en los *Toribios*!» Desde el año 1834 al 50, todavía en igual caso se decía: «¡Qué lastima que no haya *Toribios*!» ¡Qué bien estaría ése en los *Toribios*!»

Pero ¿qué eran los *Toribios*?

Yo lo pregunté á cierto sujeto que había estado en Sevilla durante mucho tiempo, y me hizo una descripción poco lisonjera de aquella institución.

Los *Toribios*, según él, eran unos *frailes* de carácter enérgico, ó más bien duro, los cuales se dedicaban á corregir los jóvenes indóciles, pero no por medios suaves, cristianos y humanitarios, sino con el látigo, ó sea los azotes más ó menos duros, el hambre, ó sea el ayuno, y la reclusión, ó sea el calabozo lóbrego y estrecho. Esto era usar para la corrección de los adolescentes, ó jóvenes indóciles y extraviados, los mismos medios que se usan por los taftas para domesticar los animales feroces.

Si esto hubiera sido cierto, no era cosa de echar de menos á los supuestos frailes y el supuesto instituto; para eso no se necesitaban frailes: bastaban los actuales cabos de vara, de reputación funesta en nuestro sistema penitenciario. Ignoro si esto llegó á ser en los treinta años últimos del siglo pasado y los treinta primeros de éste; pero lo que sí puede asegurarse es que en los sesenta años primeros de su fundación, que fueron su siglo de oro, por decirlo así, la casa de los *Toribios* de Sevilla no fué eso, ni cosa por el estilo: que allí no hubo frailes, ni existió un instituto religioso de tal nombre.

Grande fué, pues, la sorpresa que tuve cuando cayó en mis manos, por una feliz casualidad, el folleto que presento á esta Real Academia, el cual se titula *Los Toribios de Sevilla*: breve noticia de la fundación de su hospicio, su admirable principio, sus gloriosos progresos, y el *infeliz estado* en que al presente se halla; su autor el M. R. P. Fr. Gabriel Baca, de la Orden de la Merced, etc. La da á luz, para ejemplo y acción de gracias al Todopoderoso, don Miguel Carrillo, canónigo de aquella santa Patriarcal Iglesia, y la dedica al Rey nuestro señor, como padre el más poderoso de sus vasallos pobres y desvalidos. Madrid, año de 1766: un tomo en 4.º de 140 páginas y buena impresión.

Por él se ve que el instituto de los llamados *Toribios* no fué ni llegó á ser un instituto religioso; que su nombre se deriva de un varón honrado, lo que podríamos llamar con la frase vulgar *un buen hombre*, de grande sencillez, modestia, caridad, paciencia y talento latente; *latente*, sí, porque hay virtudes que desde luego se manifiestan y son conocidas, hay otras que apenas son adivinadas, semejantes á estos placeres sobre los que todos pisan sin adivinar que lo que se pisa es oro, hasta que llega uno más afortunado, el cual, ó por casualidad ó por observación investigadora, descubre el filón aurífero.

No sabemos si *los hombres hacen las circunstancias*, ó, por el contrario, *son las circunstancias las que hacen á los hombres*. En el caso presente es un hombre, un *pobre hombre*, el que á fuerza de virtud y discreción, sin talento cultivado, sin saber científico, sin recursos propios, hace las circunstancias.

Un pobre montañés que recorre las calles de Sevilla vendiendo libros piadosos, como en otro tiempo San Juan de Dios en Granada, ve y toca de cerca esas necesidades morales, que apenas ven las personas acomodadas; esa lepra moral que apenas conocen las autoridades, médicos de estas enfermedades sociales. Propónese recoger los niños abandonados, vagos, holgazanes, perezosos, ladronzuelos, desvergonzados, procaces, soeces, que abundan en todos los grandes centros de población, el *gamin* francés, el que llamamos ahora *granuja*; cuesta trabajo escribir esta palabra ante una corporación respetable, pero la palabra *pilluelo* tampoco satisface, es demasiado blanda.

La raza era antigua en Sevilla. Cervantes, muy conocedor de aquella capital en la segunda mitad del siglo xvi, nos había presentado el tipo de los alumnos de Monipodio en Rincón y Cortado, convertidos en Rinconete y Cortadillo; y no menos en el curioso diálogo de los perros Cipión y Berganza. La frase de que San Fernando ganó á Sevilla, pero

que no ganó su rastro, era corriente en aquel tiempo.

El bueno del Sr. Toribio comenzó por enseñar la doctrina á los niños en su casa y por las plazuelas, y no le faltaron burlas y contradicciones. Con algunas limosnas que le daban gentes piadosas logró alquilar una pobre casita: la casa de dormir se fué convirtiendo en hospicio, el hospicio en casa de corrección, la casa de corrección en taller, y el taller en grandiosa escuela. Llegó á tener 150 chicos asilados, extendiendo su acción á otros pueblos de Andalucía: unos se los traían, á otros los buscaba, y aun llegó á tener autoridad para prenderlos.

Se ha ensalzado hasta las nubes el rasgo de delicadeza de un joven, corregido en la penitenciaría de Metray, que llegó á ser oficial en el ejército de Africa, y al darle una cruz por su valor y buen comportamiento, la envió á la casa de corrección de donde procedía. Pues bien: del albergue correccional del tío Toribio salieron también catedráticos, misioneros apostólicos, maestros de escuela, oficiales de marina, artistas distinguidos, y que no se avergonzaban de reconocer agradecidos que debían todo lo que eran al hospicio del tío Toribio, y sus saludables consejos y corrección.

Pero ¡cuántos disgustos, cuántas amarguras hubo de devorar en su empresa! Dícese que de Metray apenas se ha escapado ningún acogido, y eso que el establecimiento no tiene cerca. No pudo decir el tío Toribio otro tanto de su establecimiento. Hubo ocasión en que casi todos los pájaros se le escaparon de la jaula, desbandándose por las calles y comenzando por tirar la Cruz el que la llevaba, quedándole sólo algunos pequeñuelos, á quienes su misma debilidad é inocencia preservó de esa tentación tan fuerte, tan vehementemente en los chicos, de abandonar la escuela y recobrar por algunas horas sus hábitos de holganza, vagancia é insolencia, como muestras de sus derechos indiscutibles á la libertad individual y la emancipación.

¿Quién no recuerda el placer que siente un niño en burlar la vigilancia de sus mentores para hacer una escapatoria de la escuela, el placer que esto lleva siempre consigo, el alarde de independencia, la libertad á costa del riesgo, el grato sabor de la fruta vedada, el temor del castigo que se espera eludir, la fruición de contar á los compañeros las aventuras corridas ó no corridas, inventadas ó imaginadas?

Afrentado en público el tío Toribio, y hecho objeto de tan pesada burla, retiróse al hospicio con sus pequeñuelos, buscando en la oración el consuelo á su dolor y á su afrenta. Cosa rara: al anochecer comenzaron á regresar los desertores, sin haber hecho él diligencias para buscarlos, recogiendo ellos mismos sus ropas, que habían tirado para no ser reconocidos por el traje; al amanecer estaban ya todos en casa, menos dos, y sin faltar ni un capote, dice la Memoria. De los dos regresó uno al cabo de tres días; al otro lo fué á buscar á Cádiz el Sr. Toribio, como el buen pastor á la oveja descarriada.

Se ha observado, y con razón, que en las personas virtuosas y de gran rectitud de intenciones la virtud, y sobre todo la caridad y la humildad cristiana, suplen por la educación, y á veces hasta por la instrucción. La delicadeza de conciencia les da cierta dulzura, urbanidad, sencillez, pureza y rectitud, que les hacen evitar por intuición lo que en otro caso les enseñarían á conocer á su costa la experiencia, el estudio y el trato social.

Hay en la vida del tío Toribio un rasgo de delicadeza que apenas se nota, que se cita como cosa la más sencilla, y que acredita otra gran pureza interior de espíritu, de intención y de *manos*. Cuando le daban dinero procuraba siempre que estuvieran presentes dos niños de sus educandos, á cuyo efecto llevaba siempre dos en su compañía, como testigos de sus acciones, desprendimiento y economía, y esta compañía llevaba aun cuando iba á ver al intendente ó al Arzobispo, que le honraban con sus favores.

Por primera vez le dió en secreto una persona caritativa 50 ducados para comenzar á enseñar á los niños: fué al punto á entregarlos al párroco, no queriendo tenerlos en su poder, y para que hubiera la conveniente intervención en aquella limosna secreta.

Hoy, si se tratara de crear un establecimiento correccional, una penitenciaría ó reclusión de jóvenes, principiáramos por formar el presupuesto, y ver de dónde habían de salir los recursos para ello: esto es lo humano y lógico, esto es lo que dictan la prudencia y la economía. Pero la caridad cristiana prescinde de estas reglas, mira á Dios, espera en Dios, le constituye en tesorero suyo y no sale defraudada. Es verdad que esto, como sobrehumano, es extraordinario, y lo extraordinario no está sujeto á reglas, pues así lo indica la palabra misma. Pero si no es dado á todos el hacer cosas extraordinarias y el salir de las reglas comunes, ¿hemos por eso de mirar con ceño á esos hombres que así obraron, des-

deñarlos, despreciarlos, entregarlos al olvido? ¿No debiéramos estudiarlos, aplaudirlos, recordarlos y mirarlos como bellos ideales á los que debemos aspirar, siquiera no nos sea dado el imitarlos, ni llegar á fuerza de dinero y trabajo adonde llegaron ellos con sola su virtud y caridad, sin dinero, sin recursos, sin presupuestos?

(Se continuará.)

VICENTE DE LA FUENTE.

## INSPIRACIÓN

Dijo el incendio á la tormenta un día:

«Sígueme por doquiera;

yo iré soltando en la extensión vacía

mi roja cabellera.

Tiemble ese mundo; en mis robustos hombros

se asentará el infierno;

tiemble el olimpo; ascenderé entre asombros

al trono del Eterno!

Será mi manto su brillante alfombra;

su asiento mi ancha llama,

y su dosel mi pabellón de sombra

que el viento desparrama.

Abarcaré el empireo, omnipotente,

con mis tremendos brazos;

escalaré el alcázar resplendente,

su cumbre haré pedazos.

Lamaré al aquilón; sobre sus alas

paseando el firmamento,

del áureo campo las inmensas salas

inundaré violento.

Y á la sangrienta luz de cien volcanes

me agitaré bramando!..

El rayo irá ante mí; los huracanes

retumbarán soplando.

¿Qué hará ese Dios cuando en revuelta nube

que al septentrión ondea,

vea al infierno que esplendente sube

y sus falanjes vea?

¿Qué hará ese Dios cuando con planta osada,

ante el férreo palacio,

huelle yo el orbe y la mansión sagrada

bullendo en el espacio?

¿Qué hará ese Dios cuando del alta esfera

se lance el sol hirviendo,

y ardan con él en su valiente hoguera

cielo y mundo cayendo?

¿Qué otra creación á mi avidez ferviente

le ocultaré escondido?

¿No podré alzarme y quebrantar su frente

con hórrido estampido?

Hijo del negro bátraco, mi encono

lúgubre al mundo aterra.

¡Voy á triunfar! — En mi flameante trono

vendré sobre la tierra.

Voy á surcar relampagueando el viento;

voy á incendiar los mares;

voy á sorber al grande firmamento

sus *pobres* luminares!

Dó tiende el mundo la cobarde planta

en su mortal desmayo,

á la chispeante luz con que abrillanta

mi torva frente el rayo?

¿Va á buscar á su Dios? — El torbellino

su vuelta espalda azota.

¡Ay, que la hambrienta nube del destino

ante sus ojos flota!

Oyólo Dios, y sosegando el vuelo

sobre el radiante coro,

en voz solemne apostrofando al cielo,

sonó la trompa de oro.

Juntó el celeste bando en las alturas,

tronó el sagrado acento,

y entre las sombras de Occidente impuras

rodando alzóse el viento.

«¿Quién eres tú que en colosal zumbido

rugiendo te levantas,

y, cual torrente inmenso, embravecido

te estrellas á mis plantas?

¿A dónde vas con tu mumullo eterno,

con tu gigante espanto?

Tras tu sombra tenaz cruzó el infierno

y se arrojó en tu manto.

¿Qué ignoto abismo te abortó en sus iras

hoy que tremendo estallas?

¿Quién eres tú que traspassando giras

obstáculos y vallas?

Mares de luz circundan tu cabeza

con fuego destellante;

para apagar su indómita braveza

un soplo me es bastante.

¿Qué importa que en ardiente llamarada

la inmensidad ahondando,

hasta el dintel de la inmortal morada

te extiendas rebramando?

¿Qué importa que, trepando al firmamento,

blandas la roja tea?

¿No soy yo tu Señor? — Tu amarillento

rayo mi sien clarea.

¡Sube, incendio voraz! — Yo te contemplo.

¡Llega á mí en tu victoria!

¡Un paso más! — Te colgaré en mi templo

y alumbrarás mi gloria.

Amarrado á mi trono, eternamente

serás de ella testigo;

yo te unciré á mi carro prepotente,

te arrastraré conmigo.



¡Oh soberbio vasallo! ¿quién te irrita?  
 ¿Quién mueve así tu planta?  
 ¿Qué asolador espíritu te agita  
 y hasta mí te levanta?  
 ¿Vas á abrasar un mundo en tu carrera?  
 ¡Yo guardo al hombre inerme!  
 Un sol de paz inmenso reverbera  
 y la tormenta duerme.  
 ¡También el hombre es rey! — Yo le he sentado  
 sobre un trono de flores.  
 ¡Para él brilla esa luz! — Yo he coronado  
 su sien con sus albores.  
 Tú bajarás sobre su frente un día  
 de Dios con la venganza;  
 irás hollando su cabeza impía  
 del viento á la pujanza.  
 Te daré mi caballo de pelea,  
 mi lanza y mis enojos!  
 ¡Oh, y cómo va á temblar cuando en tí vea  
 la lumbré de mis ojos!  
 Yo arrastraré á tu espalda resonando  
 mi fúlgida carroza,  
 entre la ardiente nube resbalando  
 que alba mi rostro emboza.  
 Ambos asentaremos sobre escombros  
 la planta turbulenta!  
 Iremos por doquier sembrando asombros  
 al son de la tormenta.  
 Mas yo llamaré al hombre en mi justicia  
 desde mi asiento eterno;  
 lanzaré al orco la mortal malicia,  
 sujetaré al infierno.  
 Bajo mi rico pabellón glorioso  
 el justo habrá morada;  
 arrullará su cándido reposo  
 la brisa perfumada.  
 Lleno de etérea pompa y hermosura  
 brotará inmenso un día,  
 y poblarán los vientos de dulzura  
 torrentes de armonía..

F. ZEA.

## YO EN VENTA



Así que me ví en la calle, que era la de *Los Estudios de San Isidro*, empecé á dar grandes voces, diciendo: «¿Quién compra un hombre que, por estar desesperado, ha resuelto venderse á cualquier precio y sin reparar en condiciones?» — Y era verdad; estaba desesperado porque nada debía esperar de mi bolsa, lastimosamente agujereada por la polilla, insigne amiga de la quietud y del retiro; y hubiérame pasado al moro, como suele decirse, cansado de ser cristiano pobre, ya que no viejo, si el moro hubiese tenido á bien pagarme el viaje hasta Gibraltar, y de allí hasta donde *Allah* fuese servido.

A las voces que yo daba acudió al punto gran multitud de gentes ociosas y desocupadas, y por lo tanto curiosas. Prenderos muchos, estudiantes algunos, y tunos todos, ó casi todos, dieron desde luego en seguirme, cercarme y aburrirme con tal empeño y tan dañada intención, que en poco estuvo el que me retirase confuso y avergonzado, renegando de la publicidad y de la fama, como antes había renegado de la oscuridad y la pobreza.

— Lléveme el diablo si este hombre está en su juicio! — decía un viejecillo ruin y corcovado, salido al parecer del fondo de uno de aquellos miserables tenduchos, en donde tanto epigrama de trapo eclipsa y oscurece los de Marcial, aunque famosos.

— ¡Miren qué ojos, señores, qué rostro y qué ademanes! No, sino déjenle ir por ahí á su albedrío, que él hará alguna de las suyas.

— Jurara que antes de llegar al Rastro — dijo otro — ya la había hecho, según va de perdido y desatinado. Ténganle, ténganle por amor de Dios, que el hospital es grande, y no ha de estar allí peor que entre nosotros.

— Ese prójimo va á dar contra una esquina — gritaba un estudiante muy satisfecho de sí y de su latín, aunque menos bien hablado que Cicerón, si he de creer á mis oídos, que oyeron cosas que él dijo y yo callo, y que seguramente no había leído en Salustio, Tito Livio ni el buen Cornelio Nepote.

— ¡Así beberá menos! — añadió otro estudiante algo duro de cascos y macizo de entendimiento, según comprendí más tarde. — No he visto hombre como él; apenas pasa día que no le tope por esas calles tropezando y cayendo como quien sale del bodegón; y sin embargo, cualquiera que en mejor ocasión le viese, acaso le tomaría por un filósofo, un sabio, ó por uno de esos entes ensimismados, de quienes comunmente se dice que les sopla la musa.

— ¿Quién duda que á éste le sopla — volvió á decir el que habló primero — después de haber visto y leído este papel que ha dejado caer él sin ventura?

— *Lege, amice, lege* — gritaron á una voz varios estudiantes apiñándose cada vez más á mi alrededor, sin temor de Dios ni del diablo, que en aquel momento quizá no se acordaban de mi nombre. El estudiante primero, y no se crea que esto es comedia, al oír el *lege* escolar, desdobló el papel de que hablado había, y que acababa de alcanzar del suelo, y con indiscreta prontitud leyó lo que sigue:

Es el hambre de vil naturaleza  
 monstruo feroz; aunque le ataques, Fabio,  
 armado de los pies á la cabeza,  
 no lograrás vencerle, que es muy sabio;  
 y mejor que tu padre y tú, conoce  
 tu parte flaca sin hacerte agravio.

Al llegar aquí, y no sé por qué, estudiantes y prenderos, manolos y mujercillas soltaron la carcajada, clavando en mí sus ojos con tanta admiración como alegría.

— No es tonto — dijeron unos.

— No está loco — murmuraron otros.

— Ni borracho — añadieron los que nada habían dicho hasta entonces.

— Hé aquí el pueblo, la multitud, las *masas* — dije yo para mis adentros, cuando ví y entendí lo que pasaba — ya son míos, y no há más que un momento que me escarnecían, acosaban y malquerían. Aprovechemos la ocasión favorable que se nos presenta antes que cambie el viento, que nada hay más inconsecuente que esto que llama *público*, sin duda porque las cabezas *ligeras* y *mal sentadas* abundan en todas partes.

Algunos segundos después de hechas estas reflexiones, que otro llamara juiciosas si se lo parecen y quiere ser sincero, lo cual no es muy común por cierto; subido sobre un banco vacilante, que manos caritativas sujetaban y traían á la razón como mejor podían, de esta manera, y con voz sonora, hablaba yo á aquellos lobos, convertidos como por encanto en mansísimos borregos.

— «Señores: Una vez que el vulgo díscolo (iba á decir bárbaro) ha enmudecido, y que los hombres de sano juicio y recta intención me escuchan... (estas pocas palabras acabaron de restablecer el silencio), voy á deciros quién soy, y cómo soy, cómo y á qué he venido. Y para no mortificar vuestra curiosidad, empiezo ahora y digo que soy el bachiller Sansón Carrasco, de quien mucho se ha hablado por el mundo desde Benengeli acá; hijo de mi padre como no podía menos de ser, salí del vientre de mi madre como Dios quiso, siendo bien recibido de cuantos me esperaban, tal vez por aquello de *bien vengas mal si vienes solo*.

» Muy incauto y ternezuelo era yo todavía cuando *Erato*, una de las nueve hermanas, á quienes conocereis — y fijé la vista en la estudiantina, que quedó *haciendo memoria*, — me puso entre las manos la lira, y soplándome la lección al oído, me dijo: «Canta» — porque *Erato* nunca ha dicho «toca» — y canté, si no como un ruiseñor; como otra ave más modesta.

» Años después, no muchos, llamábanme poeta las gentes, y yo no me picaba por ello, si he de decir la verdad; pero ¡ay! ¡cuán poco duran las glorias humanas, y con cuánta razón han escrito los sabios de todos los tiempos y países que son *humo, viento, polvo*, y otras cosas tan fugaces como esas! Alegrábame los oídos el rumorillo de las alabanzas, y sonreía mi vanidad halagada como dama cercada de adoradores, ó como florecilla á quien adula el céfiro; lo cual, si no tan exacto, es sin disputa mucho más galano y poético, cuando hé aquí que llama un día á mis puertas el *Hambre*, vestido de luto, pálido y desencajado. Preguntéle quién era, porque no le conocía, y me respondió que abriese, pues al fin tendrí yo que hacerlo al más antiguo é inseparable compañero de los poetas. — ¡Buen compañero serás tú — le dije — cuando todo en tí respira desolación, miseria y hambre! — Ese es mi nombre — respondió con gravedad el enlutado. Dí un grito y en seguida un portazo; corrí el cerrojo, eché la llave y metíme apresuradamente en mi cuarto, por el cual comencé á dar *cortos* paseos, porque la estrechez en que vivo no los consiente largos, buscando y rebuscando en el laberinto de mi imaginación *planes, pensamientos, recursos* que no pude encontrar por más que hice. El *Hambre* en tanto, con la más santa paciencia, seguía llamando suavemente, y como quien sabe que le han de abrir, afligiéndome no poco con su constancia y tenacidad. Pasó aquel día y pasaron varios, sin que el *antiguo compañero de los poetas*, cansado de llamar á mi puerta siempre en vano, se retirase en paz y me dejase contento y tranquilo como hasta entonces, que más no deseaba yo ni quería.

» Una mañana harto de él, que en toda la pasada noche me había permitido pegar los ojos, é irritado hasta conmigo mismo, corrí á la puerta, quité el cerrojo, dí una vuelta á la llave, y abrí. Rióse el *Hambre* al verme, y muy cortésmente, y con el sombrero en la mano, me preguntó *si podía pasar*. Díjelo mirándole atravesadamente, por supuesto, que iba á salir, y respondió *que irta conmigo* con esa dulzura y cordialidad que rara vez echamos de menos en los que más nos molestan. Vencíme y callé: cerré mi puerta, guardéme la llave y eché á andar con tal priesa y furor, que más parecía caballo desbocado que persona que va ó viene.

» Medio Madrid corrí aquel día; visité á dos altos personajes — y digo *altos* porque ambos vivían en dos buhardillas, las más elevadas acaso de la Corte — é imploré su protección como un favor del cielo; y á fe que no iba mal en esto, pues mis dos hombre, se andaban tan por las nubes. Ambos eran usureros judíos ó malos cristianos, como mejor llamarlos se os antoje, y, como todos los de su especie, bellacos y desconfiados. Pedíles, y me miraron; volví á pedirles, é hicieron como que no me entendían; despedíme, y entonces, por encubrir su ruindad, me pidieron ellos. Fui en seguida á la casa de un editor amigo, y luego á la de otro, y más tarde á la de un tercero, y todos gimieron y lloraron tanto, sospechando que iba necesitado, como era la verdad, que olvidado de mí y enternecido juré solemnemente no volver á visitarlos hasta que tuviese algunos reales de sobra con que socorrer su miseria y aliviar su desgracia.

» Volvíame ya á mi morada mohino y caviloso, cuando el *Hambre*, que hasta aquel momento había ido detrás de mí respetuoso y humilde, se adelantó francamente hasta ponerse á mi lado, y empezó á hablarme con tanta confianza, apeándome ya el tratamiento, que desde entonces me creí perdido con tales veras, que ni aun se me ocurrió llamar en mi ayuda á la Esperanza. Llegamos por fin á casa, porque no tuve fuerzas para rechazarle, juntos y asidos del brazo como dos buenos amigos. Entré y entró; sentéme y sentóse; pasó una hora, pasaron dos, y hubieran pasado ciento mirándonos las caras — no sé bien si al sol ó á la luna, ó á la luz de algún farol vecino que en la ventana de mi cuarto daba, que tal me hallaba yo que ni aun de mí sabía — si mi nuevo compañero, el que lo era antiguo de los poetas, y á quien Dios confunda, no me hubiera preguntado: «¿qué piensas?» con cierto interés que me llenó de asombro.

— Pienso — le dije al cabo de algunos momentos — que no hay que pensar ya en vivir, sino en los medios de acabar más pronto.

— Ten calma aunque me tengas á mí — respondió el *Hambre*, y siguió preguntando:

— ¿Tienes muebles que vender?

— Los he vendido ya — contesté — por alejarte á tí cuando dabas aldabonazos á mi puerta.

— ¿Qué ropa te queda?

— La que ves.

» Y señalé á la que tenía puesta, que es esta misma.

— ¿Qué has hecho de tus libros? ¿dónde están?

— En el Rastro; estaban tan mal tratados que ni aun allí los querían.

— ¿Qué te resta, pues?

» Dudé un instante antes de responder:

— Mi talento.

» El *Hambre* meneó la cabeza.

— ¿Pobre hombre! y... ¿nada más?

— Ambición, amor á la gloria...

— ¿Absolutamente nada más?

— Sí, mi honradez, mi...

— ¡Talento!... ¡amor á la gloria!... ¡honradez! — exclamó el *Hambre*. — ¡Desgraciado! Corre al Rastro con ellos, á ver si allí tienen salida como tus libros.

» En cualquiera otra ocasión hubiérame hecho reir ese consejo; pero hay momentos en que la risa, escondida en algún rincón del alma, ni deja que la vean otros, que algo importa, ni lo que importa mucho, que la sintamos retozar nosotros. Esta vez no sólo no me reí, sino que me faltó poco para llorar. Híceme, sin embargo, la cuenta que llaman del perdido, y me dije: «Ánimo, las lágrimas no salvan sino á la hora de la muerte; y sobre todo, ¿qué es la vida? La vida es sueño; y esta miseria que á mí me parece vigilia es sueño también. Sea lo que Dios quiera. Dios hizo el mundo de la nada, y nada soy yo, y todo es nada, por mucho que á mí me haya parecido.»

» Con este y otros consuelos fuese aliviando mi pena, hasta que, sin saber cómo, me hallé dormido y real y verdaderamente soñando. ¡Pero qué sueños, Dios mío, tan extraordinarios aquellos! Tan pronto iba corriendo tras de un editor, que al tiempo de ser cogido se me convertía en piedra, como

1 Son tan poco conocidas las obras del malogrado Zea, que un amigo nos insta para reproducir las que hoy van en el periódico. Sirvan de tributo á la honrada memoria del pobre vate, digno de mayor fama, como la hubiese obtenido seguramente á haber sido liberal. ¡Así van los tiempos!



exhalando ayes, y lleno el corazón de susto, veía á mis pies un abismo hacia el cual me empujaba un horrible monstruo. Caía en él al cabo de algunos momentos de resistencia; bajaba una, dos y aun tres leguas antes de llegar al fondo; todavía estaba lejos, cuando un gran ruido que sobre mí venía me hacía estremecer de repente y encomendar á Dios de todas veras. Causábale un enorme pájaro que, compadecido de mí, al verme tan cerca de la muerte, cogíame con su pico como si fuese un grano de cebada, y me levantaba hasta la orilla del precipicio, donde me dejaba á poco después de haberme dicho ó cantado en la lengua de la volatería que él se llamaba RASTRO, y que era un pájaro de muy mal agüero; pero que no siempre cumplía lo que ofrecía, pues acababa de hacerme un beneficio que no á todos hubiera hecho. Desapareció luego el pájaro, y el editor volvía á aparecer, y yo á seguirle, y él á convertirse en piedra.

» También volvía á aparecer el abismo, y con él el monstruo; empujábame nuevamente, caía yo, tornaba á sacarme el pájaro, y otra vez me decía su nombre, con todo lo demás que habéis oído. Una vez sola cambió la escena, y fué como sigue: Iba yo siguiendo á mi editor, como de costumbre; de pronto se para, vuélvese á mí y me grita: «¡La bolsa ó la vida!» ¡Aquí del Rey, que me roban! dime priesa á decir; pero inútilmente: el editor me despojó con mucho sosiego, y al acabar me habló así: «Sois unos necios todos vosotros; siempre os pasa lo mismo, y jamás escarmentáis; pero á bien que si no hubiera tontos no habría pícaros; anda con Dios, y hasta otra.» En esto desperté, y recordando lo que había oído al Hambre antes de dormirme, y pensando en el pájaro de mi sueño, me eché fuera de casa y me vine aquí, entre vosotros, donde ha ocurrido lo que sabéis y por sabido callo.»

Y callé; y el gentío, que era inmenso, empezó á murmurar á modo de *pueblo de comedia*, con gran satisfacción mía, que oía, más ó menos confusamente, palabras como éstas: — «¡Bien decía yo que era un sabio!» — La cara le vende. — La cara y la calva. — ¡Gran cosa es una cabeza sin pelo! — Tiene un pico de oro. — No tiene tal aunque lo parece; si él tuviera de oro el pico, hubiérase quedado sin pico por aprovechar el oro. — Hombres como éste no debían morir nunca. — Si yo pudiese algo en esta patria de buenos, había de colocar á este hombre más alto que las estrellas.»

— Hoy hago negocio — dije entre mí al escuchar esto, y púseme á gritar como al principio: «¿quién compra un hombre? etc.»

— ¿Véndese por mayor, amigo? — preguntóme uno de los más próximos.

— Véndome todo — respondí.

— Hará mal — replicó el otro — véndame el *hombre moral*, como le aconsejó su huésped, y guárdese el *físico*, que, según es, tengo para mí que no han de querer comprarsele.

Miréme y remiréme bien, algo picado, con ánimo de dejar mal á aquel hombre; mas después de un maduro examen tuve que darme por convencido, muy á mi pesar, conociendo el valor de aquella ruda pero fundada advertencia.

— Puesto que ya me habéis conocido, y cada cual me estima en lo que le parece — dije después de una breve pausa á los que me rodeaban — compradme, que no nos engañaremos.

— Nada perderíamos en ello — respondió un estudiante — si tuviéramos tanto oro como vales ó como pesas.

— Fácil os sería lo primero — dije yo — mas no así lo segundo, pues muy rico tendría que ser el que al peso me comprase.

— Eres modesto; me espanta.

— Véndote esa modestia que te asombra.

— No seré yo el que te la compre.

— ¿Por qué?

— Porque para nada me serviría; antes me estorbaría para mucho.

— ¿Qué dices?

— Que la modestia es un obstáculo que es preciso destruir para medrar.

— Si así lo crees, no la compres.

— No hayas cuidado; nunca la he echado de menos.

Hízose á un lado mi estudiante, y yo, sin apesadumbrarme, alzando la voz de nuevo, modestamente dije:

— ¿Quién me compra una modestia que nada vale?

— Buena será ella cuando así la pondera! — Oí murmurar junto á mí.

— ¡Imbécil! — repliqué irritado, sin saber á quién — si yo ponderase su mérito, ¿tendría alguno mi modestia?

Nada respondió el murmurador, y no pudo hacer mejor cosa. Yo tenía razón, razón sobrada; mi mo-

destia, sin embargo, no se vendía, y yo empezaba á desesperarme.

— Allí va eso — dije por último, dejando la modestia á un lado, y saqué á luz otra prenda que, en mi humilde opinión, merecía comprarse.

— ¿Qué es ello? — preguntaron todos.

— ¿Pues no lo veís? — grité asombrado de que ninguno conociese el género — es un pedazo de honradez, de hombría de bien, que siempre va conmigo. Esto vale algo. ¡Miren qué fortaleza!... No se romperá á dos tirones.

— Eso es lo peor que puede tener su honradez, la fortaleza — dijo uno al parecer comerciante — la mía es poca cosa... muy sencilla... mucho; pero ha resistido más que si fuese de bronce.

— ¡Es posible!

— Es... de goma.

— ¿Eh?

— Digo que es elástica.

— ¡Bah!

— Pues no hay otras.

— Ahí está.

— ¡Ya! Pero es antigua...

— ¿Antigua?

— Há más de treinta años que no están en uso las que se le parecen.

Un *st* general acabó de convencerme: metí mi honradez en el cajón de mi conciencia, y fui á hacer otro tanto con mi modestia; pero ¡ay! habíase caído al suelo, y un gallego, hombre de peso, pisoteábala á su sabor, sin advertir, como tan leve, lo que tenía debajo.

— ¡Aparta, quita! — aullé sobresaltado.

Aturdido el gallego, hízose atrás, llevándose de camino media modestia entre los clavos ásperos y *montañosos* de sus sonoros zapatos.

— ¡Virgen del Puerto! ¿para qué es esto? — exclamó con el acento de la ignorancia y de la tierra.

— Para eso mismo — respondió un rapaz que acercándose había en aquel instante, y que, á juzgar por las señas, no era tan simple como el gallego.

Y ahora que vuelvo á hablar de mi modestia, no estará de más advertir, aunque de paso, que por ella no pregoné mi talento (sea el que fuere), por entonces en boga entre la gente del Rastro, y que acaso hubiera vendido, digo yo, á algún ropavejero de aquellos, que lo hubiera puesto como nuevo con cuatro remiendos y alguno que otro corte de tijera, magistralmente dirigida por la sabia mano de su cara mitad. ¡Hé aquí los beneficios de la juiciosa modestia! ¡Lectores, escarmentad y alabaos, que todo es alabar á Dios!

Empeñado en sacar dinero á aquella gente:

— Vendo — volví á decir — una franqueza castellana á prueba de disgustos y enemistades, y la daré por la mitad de su valor al que me compre esta fe religiosa.

Y mostré una y otra.

— ¡Están los tiempos tan malos! — dijeron unos.

— ¡Si vendiera cosas mejores! — hablaron otros.

— ¿Nadie les dice nada? — pregunté entonces.

El silencio era profundo.

— ¡Ah! ¡quién había de creer esto! — exclamé con el corazón desgarrado — mi muerte es inevitable, segura. ¡Ya no tengo una hilacha de virtud que vender, y, sin embargo, no he despachado nada!

Empecé á registrarme, y buscando y rebuscando por aquí y acullá, tropecé con una cajita que saqué y abrí al momento. «¡Me he salvado!» dije al ver unas cerillas que contenía, y encendiendo una, grité con toda la fuerza de mis pulmones:

— ¡Santiago, cierra España!

Pasmáronse todos al oírlo, y yo añadí:

— ¡Trescientos maravedís por un millar de *patriotismos*!

Pocos minutos después me encontré solo, sin compradores, sin admiradores.

— Estaba escrito — murmuré resignado — vamos á San Bernardino; pero antes probemos el último recurso.

Y dí una gran voz, diciendo:

— ¡Vendo mi alma al diablo!

Un hombre muy feo que á la sazón pasaba, y que si no era cosa mala no parecía cosa buena, acercóse á mí con las manos en los bolsillos como quien tiene frío, y casi entre dientes y como recatándose me preguntó si *fiaba*. Miréle de arriba abajo con reconcentrada furia; él se encogió de hombros, y haciendo un gesto extraño, siguió su camino sin hablar más palabra.

— ¡Loado sea Dios! — exclamé. Y tomé el de la plaza, improvisando un rosario á la Madre de los Desamparados, á la Santísima Virgen María.

F. ZEA.

# CARTA AUTÓGRAFA

## DEL RDO. P. FRAY DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

AL EXCMO. SR. ARZOBISPO DE TOLEDO,

cuyo documento existe en el archivo del ilustre Ayuntamiento de la M. N. y M. L. ciudad de Talavera de la Reina.

J. M. Y J.

EXCMO. SR.:



SEÑOR: Con el mayor aprecio recibo los títulos que para confesar y predicar en su Arzobispado me remite V. E. favoreciéndome en ellos sobre mi mérito: yo doi á V. E. las más rendidas gracias por ello, y quisiera saber significarle mi reconocimiento y mi deseo de acreditárselo con obras. Mas Dios Nuestro Señor suplirá con su larga remuneración lo que mi inutilidad no alcance, como lo espero y se lo pido.

Las sabias y prudentes instrucciones que V. E. ha tenido á bien de darme son tan acomodadas á mi modo de pensar, que parece leía V. E. mi corazón quando las escribía: yo las he apreciado tanto como si el mismo Dios me las hubiese visiblemente comunicado, y espero en el Señor tengan su logro en mucha parte los intentos de V. E. A éstos apetezco eficazmente contribuir, y para ello quiero que V. E. cuente con este pobre religioso y sus facultades todas, disponiendo de mí lo que y como guste en orden al fin ya expresado.

Mi método en las Misiones es publicarla con una simple procesión al modo de un rosario, en que va delante la imagen de la divina Pastora, y al fin el Santo Crucifijo: se van cantando por dos eclesiásticos en tono de rogativa la Letanía de los Santos, y yo exortando al pueblo, y convidándole á oír la voz de su Dios, que le llama á penitencia: se termina en la iglesia ó en una plaza si el concurso no cabe en aquella, y hago una plática según me parece la requiere el pueblo. La mañana siguiente convido para que asistan todos á una iglesia capaz á hora competente, y allí hacemos pública rogativa al modo que en el tríduo antes de la Ascensión de Nuestro Señor cantando la Letanía de los Santos y sus preces: después (si el día lo permite) se canta la Misa votiva *Pro remissione peccatorum*, y concluida suelo hacer una plática devota en que exorto á que pidamos al Señor por el fruto de la santa Misión. Sigo después por las tardes el orden de ésta, reduciéndola á manifestar la obligación de un cristiano á vivir según la profesión que hizo en el Bautismo, arreglado á las leyes del Santo Evangelio y conforme á su exemplar Jpto. mi Señor, insistiendo mucho en que cada uno atienda á las obligaciones de su respectivo estado, oficio y empleo.

Los ejercicios de cada tarde se reducen: primeramente un tercio de rosario, que sirve para enseñar esta santa devoción á todos, y conseguir la intercesión de la Virgen Santísima Nuestra Señora. A este sigue (si es en la iglesia) un breve rato de oración mental, que prácticamente hago desde el púlpito; concluida, explico un punto de doctrina cristiana y después el sermón. En todo esto suele gastarse el tiempo de dos horas, poco más ó menos.

El penúltimo día por la tarde saco la procesión de penitencia en los mismos términos que la publicación, y sin cosa alguna de exterior mortificación ni traje extraño de túnicas, etc. En la mañana de este día ó de otro que sea conveniente se hace un aniversario por los fieles defuntos, para exitar á todos á su devoción y socorro.

Si se predica reservadamente al clero secular y regular, ó es pueblo crecido que se le ayan de dar ejercicios, procuro manifestar nuestras graves obligaciones contenidas y compendadas en estos tres capítulos: 1. La obligación de un eclesiástico en orden á Dios por la necesidad de la vocación. Modo y deuda sobre el oficio divino, devoción y exactitud en el Santo Sacrificio de la Misa. 2. En orden á los próximos, proponiéndola como constitutivo esencial parcial de nuestro sacerdocio, por los medios del púlpito ó confesonario, ú otro alguno según el talento, vocación ó gracia que Dios huviere dado. 3. En orden á sí propio, sobre la obligación de caminar á la perfección del estado por medio de la observancia de los sagrados cánones, subordinación al propio Pastor ú Obispo, y uso de otros medios que los Santos Padres nos señalan. Para la asistencia á estos ejercicios ó pláticas encargo y suplico á los Señores Ilustrísimos que en ninguna manera obliguen, precisen ni manden á los eclesiásticos, sino que, dexándolos en su plena libertad y á su devoción ó arbitrio,

1 Debemos este precioso manuscrito al reputado médico Sr. Montes, quien lo halló en un legajo del archivo municipal de Talavera de la Reina. Aumenta el interés de este documento el estar ahora sustanciando la causa de beatificación del ilustre apóstol de España.



sea un acto espontáneo, y no violento; para que así oigan mejor y con mayor fruto las delicadas, graves y estrechas leyes de nuestro sacerdocio; y la repetida experiencia que de esto tengo, me ha hecho ver ser este medio más útil que el de precisarlos á la tarea de oír la Misión.

A las Religiosas propongo el beneficio de su vocación, y la obligación de corresponder á ella según el fin para que fueron llamadas, que es la puntual guarda de su regla y constituciones, y para que fueron instituídas las religiones, que es la unión y charidad fraterna y la vida común que observaban los primeros cristianos, cuyo fervor debe atenderse como hereditario en nosotros.

Quando los Ayuntamientos de las ciudades piden pláticas reservadas, reduzgo el assumpto de éstas á proponerles la obligación de un juez, regidor, abogado, escrivano, procurador, etc., y manifestarles lo difícil de su salvación si ó las ignoran ó las quebrantan: que son padres del pueblo y de cada uno de sus vecinos: espada de la Santa Iglesia, para como hijos defenderla auxiliando al Pastor, y sometiendo á sus determinaciones para contribuir de todos modos á su zelo y vigilancia por que no queden impunes los peccados y sin remedio los escándalos; y por último, que como zeladores de la Ley santa de Dios, de la Iglesia y del Reyno, deben ser los primeros en su cumplimiento, para poder con libertad corregir al delincente.

En las cárceles suelo hacer una ó dos pláticas, para enseñar á los pobres presos el modo de confesar bien y comulgar con fruto para ganar el Jubileo de la Misión, para cuyo efecto se destina competente número de confesores el día antes de la comunión.

En la secuela de opiniones morales siempre me inclino á aquella que en el caso ocurrente juzgo ser más apropiado para el remedio de aquella alma y que menos la exaspera. Soy inclinadísimo á suavizar lo angosto, áspero y difícil del camino del cielo, y sin dispensar cosa alguna de la Ley facilitar su cumplimiento y atemperarla á el genio, capacidad y disposición de cada uno. Estoy persuadido que el agrado, dulzura y afabilidad en el modo de explicar y proponer lo que Dios nos manda, puede más aún con los más perdidos que el rigor y la aspereza, y que de este modo admiten mejor la doctrina y se rinden á ella. La fuerza procura ponerla en las razones y la claridad de su explicación, según el Señor me da ó es servido. Huigo de todo artificio en mi ministerio, porque me lleva toda la atención la sinceridad y lisura con que quiere Dios propongamos á todos su divina palabra, y que tiene á su cargo darle la virtud que nosotros no podemos de modo alguno.

Los Autores morales que más tengo en uso son: el Ilmo. Genneto, el P. Besomber, Golet, ilustrador de Pontas; el Ilmo. Ligorio, el P. Bancel, Morales divi Thong. Algo del P. Concina, y los demás que V. E. en su apreciable instrucción señala.

Este es, Excmo. Sr., el método que sigo en mis Misiones: he molestado con su relación á V. E. para que si merece su aprobación lo siga, y si tiene algo que variar para su arzobispado me lo prevenga, pues quiero ir en todo conforme á su modo de pensar, como un coadjutor suyo, que es lo que mi P. San Francisco nos aconseja, y el nombre que nos da ó título que señala á los misioneros. Este rumbo he seguido en las Andalucías, y con la gracia del Señor he cogido copiosos frutos: me persuado que siendo los castellanos más dóciles y no de genios tan fuertes, no será en ellos inferior el aprovechamiento.

El Señor contribuya á los santos fines de V. E. como se lo pido, y me guarde su vida muchos años en su santo amor y gracia para bien de la Santa Iglesia. Málaga 15 de Junio de 1781.—EXCMO SR.: B. L. M. DE V. E. SU MEN. CAPELLÁN AFFMO. Y HUM. SIERVO EN EL SEÑOR FRAY DIEGO JOSÉ DE CADIZ. —EXCMO. SR. Arzobispo de Toledo, mi señor."

## INSTRUCCIONES CONTRA EL CÓLERA

POR LA SOCIEDAD ESPAÑOLA DE HIGIENE

### Naturaleza y medios de transmisión del cólera.

1.º El cólera es una enfermedad producida por un agente deletéreo desconocido que se desarrolla espontáneamente y existe como endémico en la India, desde donde se propaga invadiendo epidémicamente los demás países.

2.º El cólera es una enfermedad transmisible, siendo el hombre el medio más importante de su propagación.

3.º El cólera se transmite del hombre enfermo al sano, ó lo que es lo mismo, por *contagio*, estando demostrado que nunca se propaga con mayor rapidez que la propia de los medios de locomoción de que el hombre dispone.

4.º Su germen, así como el del tifus, parece que pierde, al difundirse en la atmósfera, su actividad morbígena y si un foco cólico es contagioso, su círculo de acción es muy corto.

5.º El período de incubación del cólera es muy breve: casi nunca excede siete días.

6.º Un solo individuo atacado del cólera, ó bien de lo que se denomina diarrea premonitrice, es capaz de provocar el desarrollo de una epidemia; por esto las grandes colectividades ambulantes, como las caravanas, peregrinaciones, ejército, etc., son los vehículos que transportan más comunmente el germen cólico.

7.º Además del hombre, las ropas y utensilios, especialmente las que hayan servido á cólicos, transmiten la enfermedad.

8.º El cólico por sí no es peligroso para los demás; pero sus exhalaciones y excreciones son contagiosas, especialmente las deyecciones alvinas, que son el más activo medio de la propagación. Los retretes, alcantarillas y aguas contaminadas de una población, son por consecuencia poderosos agentes de contagio.

9.º El suelo y el subsuelo, impregnándose del miasma colerígeno, pueden también ser agentes de propagación.

10. Hay casos que demuestran que las aguas potables pueden asimismo transmitir la epidemia.

11. Los animales, las mercancías y objetos procedentes de puntos infestados, es presumible que puedan importar el cólera; los cadáveres cólicos deben considerarse como peligrosos.

### Reglas internacionales de preservación.

12. De lo expuesto se deduce que viniendo el cólera con carácter invasor de fuera adentro, y siendo conocidas las leyes de transmisión, existen medios de aislarle ó de evitar su importación.

13. Los Gobiernos deben redoblar la vigilancia marítima, haciendo á sus delegados y Cuerpos de Sanidad correspondientes cumplir lo establecido en las leyes vigentes, pudiendo siempre atenerse para las determinaciones á la doctrina sentada en las *Conferencias de Constantinopla y Viena*.

14. Los Gobiernos también podrían establecer, para garantir el buen cumplimiento de los servicios de vigilancia marítima, un Cuerpo de inspección científico que recorriera puertos y lazaretos á fin de evitar la importación epidémica.

15. También para conocer la marcha, estado y movimiento de la epidemia actual pudiera formarse un Cuerpo de delegados sanitarios que informaran desde los lugares apestados sobre las circunstancias expuestas, y sobre el movimiento y estado sanitario de los buques á su salida de los puertos sucios.

16. Para evitar el contagio terrestre pueden establecerse los cordones sanitarios, en relación con la inspección médica, en las estaciones de las fronteras y las costas.

17. Caso de hallar enfermos, convalecientes, ó cuando los viajeros procedentes de puntos infestados no hubiesen tardado en el camino tiempo suficiente para ser admitidos sin peligro, se les obligará á sufrir una cuarentena en puntos aislados ó *lazaretos* que se crearán á este objeto.

### Reglas nacionales de preservación.

18. Como medio en el interior, los Gobiernos harán cumplir lo dispuesto en las leyes para los casos de epidemias, y ordenarán la mayor vigilancia, higiénica, uniforme, en los establecimientos públicos y privados que sean ó puedan ser insalubres.

19. A este fin encargarán á las dependencias respectivas estudien y mejoren las condiciones sanitarias de los establecimientos públicos de colectividad constante ó que reunen público periódicamente, como hospicios, escuelas, teatros, aulas, cárceles, etc., evitando en reglamentos especiales el hacinamiento, y ordenando la segregación, ventilación y disposiciones necesarias.

20. Ordenará el acampado de las tropas, ó sujetará los cuarteles á las prescripciones que la higiene militar aconseja en estos casos.

21. Suprimirá temporalmente la actividad de algunos centros, como lugares destinados á la fabricación en que se aprovechan sustancias animales, y las industrias notoriamente insalubres; caso de que alguna de éstas sea de imprescindible necesidad, será objeto de una rigurosa policía higiénica.

22. Los hospitales merecen un especial estudio; la ciencia aconseja en estos casos el establecimiento de hospitales de epidemias que alberguen el exceso de enfermería y eviten el sobrecargar los existentes.

En la creación de estos establecimientos sanitarios conviene seguir el principio de la segregación, como el más acomodado á la razón. Así, pues, más vale crear varios hospitales pequeños, aislados, que uno muy capaz. En cuanto al modo de construcción, la

*Sociedad Española de Higiene* piensa que los hechos de madera sobre postes de piedra, al estilo de las construcciones en Asturias y Galicia llamadas *hórreos*, llenan las necesidades del momento, se forman rápidamente y después de terminada la epidemia se queman.

23. La buena doctrina social no permite que los Gobiernos protejan la emigración como principio en los casos de epidemia; pues á más de quitar elementos de savia y de vida á una localidad infestada, como siempre se hace, existe la razón de que puedan importar la pestilencia á otros puntos sanos; pero se puede, dentro del rayo de una circunscripción, favorecer el establecimiento de colonias urbanizadas con el exceso secundario de una población y donde en construcciones provisionales se dé cabida á aquéllos.

24. Toda nación debe asimismo imponer las penas que el Código penal marca al funcionario público que, en caso de peligro próximo, abandone cobardemente la localidad.

25. El Gobierno y las autoridades, en combinación con los Municipios, podrán plantear las *visitas domiciliarias* hechas por delegados gubernativos, municipales, peritos, médicos y veterinarios, visitas que podrán ser preventivas antes de la epidemia, en cuyo caso servirán para disponer la dispersión á las colonias donde hubiere excesivo acúmulo de individuos y para mejorar la higiene de las habitaciones, y luego, durante la plaga, para evitar la ocultación de los casos de cólera y disponer la translación de los atacados á los hospitales de epidemias, dado caso de que su permanencia en las casas fuere un mal para ellos y un peligro para la salud de los demás.

26. Las translaciones de enfermos á los hospitales, así como la de los cadáveres de cólicos, se deben verificar en camillas y carros especiales provistos de medios de desinfección que eviten en lo que sea posible el contagio.

27. Los cadáveres no permanecerán en las casas, sino que serán trasladados inmediatamente después del fallecimiento á depósitos especiales. En estos centros habrá profesores de guardia procedentes de los Cuerpos forenses que comprueben las defunciones con todos los elementos de que para este caso dispone la ciencia, y así se eviten las inhumaciones en vida.

28. De estos centros serán llevados los cadáveres en los citados carros especiales á los cementerios de epidemias, que se deben construir con arreglo á los preceptos de la ciencia. Parece, sin embargo, que el ideal de la *Higiene* en este caso es la cremación. Los sepelios de cólicos merecen un atento cuidado; es necesario rodear los cadáveres de sustancias capaces de destruirlos rápidamente, y sepultarlos á profundidad suficiente para evitar todo eflujo contagioso. Las fosas no se removerán en un tiempo doble, por lo menos, del que se tarda en los enterramientos ordinarios.

29. Aunque los Gobiernos tienen Cuerpos consultivos por demás idóneos, el establecimiento de una Junta en que figuren hombres de ciencia de todos los Cuerpos del país y de Juntas locales de vecinos es favorable á la bondad de las determinaciones que se tomen en contra de la epidemia.

30. Todas las ideas y medidas que se propongan relativas á precaver y aminorar el azote epidémico se deben tener estudiadas para el caso de que éste se presente, pues una triste experiencia enseña que el querer obrar cuando la epidemia empieza, hace infructuosas muchas medidas que, planteadas con la debida antelación, serían muy provechosas.

31. Los Gobiernos no deben ocultar los primeros casos de epidemia; sobre no ser digno, prácticamente trae esto perniciosos efectos; abandonarse los primeros focos de cólera, la pestilencia corre sin freno, de tal modo que, cuando se trata de limitarla, ya no es posible.

32. También los Gobiernos, animados de las más altas miras, deben prestar su apoyo á todo esfuerzo individual ó colectivo que se haga en pro del bien público y perseguir el charlatanismo, que aprovecha hasta las calamidades de un país para lucrarse con el temor público. Asimismo proporcionarán todos los medios preventivos á fin de que lo que la ciencia aconseja no quede en pura teoría y llene su fin práctico.

33. A las autoridades cumple también el alto deber de sostener y hacer cumplir todas las determinaciones de la ciencia; en los casos de duda se deben inspirar siempre para obrar en Corporaciones peritas.

### Medidas que corresponden á los Municipios.

Los pueblos no son más que grandes familias, y los Municipios sus padres, sus jefes, la agrupación de individuos que gobierna á las demás agrupaciones; en este concepto, las determinaciones de su Munici-



pio forman la transición de las del Gobierno á las individuales <sup>1</sup>.

34. Siendo de competencia del Municipio todos los asuntos relativos á Sanidad pública, según el artículo 72 de la ley municipal, el Ayuntamiento cuidará, en primer lugar, de atender á mejorar el estado de la higiene pública:

1.º Estableciendo un servicio de policía sanitaria que gire visitas á los establecimientos y expendidurias de alimentos y bebidas, á fin de garantizar al vecindario de la buena confección y perfecto estado de unas y otras.

2.º Por medio de una buena limpieza de calles y basureros, muladares, alcantarillas, vertederos, etc., evitando las emanaciones miasmáticas de estos lugares. Las letrinas y alcantarillas deben ser objeto de la más exquisita limpieza y desinfección. Sus comunicaciones con el aire exterior deben estar interrumpidas por los medios que la ciencia aconseja.

3.º Asegurar la asistencia pública en caso de una invasión epidémica, para lo cual sería necesario doblar las guardias de las Casas de socorro, y establecer otras sencillas en las Alcaldías, provistas todas de botiquines de *socorro de cólicos* y suficiente número de practicantes; de este modo habría la seguridad de socorrer rápidamente á cualquier atacado de cólera, aun cuando la epidemia fuera muy mortífera.

4.º Desplegar la más exquisita vigilancia para garantizar la pureza de las aguas potables.

35. Los lavaderos públicos merecen un especial cuidado, pues pueden ser en caso de epidemia una fuente de contagio mediante la comunicación de ropas de los enfermos y de los sanos.

Para obviar este inconveniente, el Municipio creará unos lavaderos especiales donde se pueda limpiar la ropa de los cólicos en completo aislamiento y con los medios de desinfección necesarios, cuidando de que el agua que alimente estos lavaderos no proceda de origen contaminado, siendo lo preferible la destrucción de las ropas por el fuego.

36. Los Municipios, al propio tiempo que del problema de las subsistencias, procurando en la medida de sus atribuciones el abaratamiento de los artículos de primera necesidad, deberían ocuparse también, por medio de su Beneficencia, de la distribución de sustancias desinfectantes entre las clases poco acomodadas para atender al lavado y desinfección de letrinas y vertederos.

#### Reglas de preservación individual.

37. En primer lugar, debe convencerse al público de que no hay ningún medicamento, amuleto, ni droga que no sea el profiláctico que pueda preservar de un ataque del cólera. Así, pues, deben desecharse en absoluto todos los medios que el charlatanismo explota; todos son perjudiciales, pues aun cuando no hagan otro mal, dan una ciega confianza y hacen que se desatienda el buen régimen y que se cometan abusos de todo género.

38. La emigración es el medio á que se apela por muchos para librarse de los horrores de las epidemias; pero casi no se hace esto á su debido tiempo, y no pocas veces los fugitivos llevan en su organismo el género de la enfermedad, que los ataca en cualquier parte. Tampoco es fácil saber hacia dónde debe emigrarse, pues ni la dirección, distancia, ni ninguna situación topográfica tiene segura la inmunidad. A más de que estos medios sólo se pueden poner en práctica por las gentes acaudaladas, la moral los rechaza y sólo admite las emigraciones á las colonias que se pueden formar, y que llenan la indicación de aclarar el exceso de población.

39. No hay ningún estado atmosférico, ni ninguna causa físico-moral, capaz de producir el cólera sin el concurso del contacto del miasma cólico. De modo que las privaciones ó el uso de tal ó cual sustancia no producen ni evitan de ningún modo el contagio.

40. Es cierto, sí, que el cólera ataca con mayor intensidad á los individuos que viven en malas condiciones higiénicas ó que hacen excesos, que aquellos cuyo organismo marcha equilibrado por el buen régimen.

Así, pues, se evitarán los abusos de la alimentación, y especialmente de las bebidas alcohólicas, que algunos usan considerándolas como eficaces contra el cólera, pues pueden ser una causa que favorezca ó agrave un ataque cólico.

41. Se procurará respirar un aire lo más puro posible, hacer ejercicio en el campo, y precaverse de las grandes oscilaciones termométricas, las humedades y los enfriamientos.

42. Los jefes de familia cuidarán de que se ve-

rifique la más exquisita limpieza y se abra una amplia ventilación en las habitaciones. Los excusados y letrinas deben tenerse muy limpios y desinfectarlos con una disolución de sulfato de hierro al 1 por 8, ó el ácido sulfúrico al 1 por 100 en el caso de haber cólicos, separar los lugares de las deyecciones de los sanos y los enfermos. Las habitaciones en que hayan residido cólicos serán cuidadosamente blanqueadas y desinfectadas. También merecen un especial cuidado las aguas potables, que deben hervirse para prevenir los malos efectos de las que puedan estar infectadas.

43. Como desinfectantes, la ciencia recomienda en primer lugar los gaseosos, porque en este estado son más difusibles y pueden atacar mejor á los miasmas. El cloro desprendido por descomposición del hipoclorito de cal, y el ácido hiponítrico obtenido reaccionando el ácido nítrico con el cobre, son los preferibles, y para destruir las deyecciones, la solución de sulfato ferroso y el permanganato de potasa.



SAN LUCAS.

Estatua del patio de los Evangelistas en el Escorial.

44. Además existe una receptividad especial, variable en cada individuo, y que explica la inmunidad de muchos que están en medio del contagio y salen ilesos. Así como es cosa averiguada que los que en otras epidemias han padecido el cólera gozan de cierta inmunidad, aunque no tan marcada como en el tifus, las viruelas y otras infecciones.

45. La asociación también servirá y ha servido para mejorar las condiciones de las clases proletarias, que en estos casos son las que más necesitan del apoyo que la caridad de los demás les proporciona.

46. Si en toda ocasión debe acudir al médico en cualquier afección que se sufra, en casos de epidemia con muchísimo más motivo. La más leve diarrea ó indisposición gastrointestinal puede ser el principio de un ataque cólico: la diarrea premonitória puede decirse que es muchas veces el primer período del cólera; atacándola con una terapéutica enérgica, no siempre éste desenvuelve su pavoroso cuadro sintomático.

47. Debe además abrigarse la confianza de que contra el cólera tiene la Medicina la misma certeza que en otras enfermedades, que éste no es tan fatalmente mortífero como en la imaginación de la generalidad lo pinta el miedo, y que el estudio de tantos hombres eminentes ha dado lugar á un tratamiento racionalmente científico del cólera.

#### CONOCIMIENTOS ÚTILES

**Embreo de madera.**—Las cercas y puertas de madera, empalizadas, y en general todas las obras

de esta materia que han de estar enterradas ó expuestas á la intemperie, deben embrearse para que resistan mejor los efectos de la humedad.

Dos procedimientos se usan para ello: el primero, que es el mejor, consiste en hervir los maderos bien secos dentro de grandes calderas, de donde se extraen después de pasados algunos minutos, quedando así en excelentes condiciones para resistir la humedad de la tierra, que es la más persistente y dañosa. Este procedimiento se sigue para embrear las zancas de los maderos que sirven de postes en las empalizadas, como también las traviesas y largueros de los tranvías que van ocultos bajo el empedrado de las calles.

Cuando no exige tanto gasto esta operación se extiende la brea hirviendo, valiéndose al efecto de una brocha sobre la madera, esforzándose el operario para que la brea penetre bien por las grietas y juntas que pueda haber en la obra, y para el mejor resultado se dan tres manos.

Cada metro cuadrado que se embrea necesita, para dichas tres manos, un tercio de litro de brea si la madera estaba ya embreada, y si se prepara de nuevo necesita, para cubrir igual superficie, un medio litro próximamente.

**Revulsivo enérgico.**—Lo es el linimento de mostaza compuesto, que se prepara para 100 partes, tomando:

Esencia de mostaza.....	3
Extracto de id.....	2
Alcanfor.....	6
Aceite de ricino.....	15
Alcohol.....	74

Pertenece á la Farmacopea de los Estados Unidos.

**Ley internacional para la protección de los pájaros.**—La Sociedad ornitológica de Suiza propone una ley que proteja á ciertos pájaros contra la crasa ignorancia de algunos pueblos, que los destruyen con grave perjuicio de la agricultura y aun de la salud del hombre. Al efecto, en el Congreso ornitológico que se celebra este mes precisamente en Viena se presentará una Memoria referente al asunto, pidiendo el establecimiento de estaciones ornitológicas en los puntos estratégicos de las emigraciones que verifican dichas aves.

**Rapidez de los trenes.**—Según se desprende de un curioso trabajo del ingeniero Banderali, titulado *Los trenes expresos*, los más rápidos son, por orden de velocidad, los de América, Inglaterra y Francia. Alemania ocupa el cuarto lugar; y aunque no lo diga dicho autor, España debe figurar en último término.

Comparando la velocidad con la longitud del trayecto, Inglaterra ocupa el primer lugar, pues su tren recorre una distancia de 313 kilómetros con una velocidad comercial de 74 kilómetros. La velocidad real de los trenes llega á veces en Francia y Alemania á 100 kilómetros y en Inglaterra á 105.

No se puede aumentar sin peligro este límite de velocidad, pero se puede conseguir una reducción en el tiempo con que se hace un viaje de mucho trayecto suprimiendo ó disminuyendo las paradas para almorzar y comer mediante *vagones-restaurantes*.

**Insecticida para los graneros.**—El sulfato de carbono es muy enérgico, y por tanto eficaz para resguardar el trigo y otros cereales de la invasión del gorgojo. Para su empleo se riega el pavimento del granero con dicho líquido, y luego se coloca el trigo cubriéndolo para evitar que se evapore con demasiada rapidez. Durante la operación no se debe fumar ni tener luz encendida, porque aquel cuerpo es muy inflamable.

También se pueden colocar en los graneros, entre el trigo, manojos de plantas de olor penetrante, como la ruda, el cáñamo verde, el tanaceto, el ajeno, la menta, la parietaria oficinal y otras análogas, cuyo olor repugna á los insectos. Algunos aconsejan embadurnar las paredes del granero con alquitrán caliente mezclado con resina común.



Encomendamos á las oraciones de nuestros lectores el alma de la virtuosa señora doña Filomena Alvarez Martín, esposa de nuestro amigo el Sr. Robuster, fallecida en Peñaranda de Bracamonte el 18 de Mayo último. — R. I. P.

Imp. del Asilo de Huérfanos del S. C. de Jesús, Juan Bravo 5.

<sup>1</sup> La Sección de Madrid de la *Sociedad Española de Higiene* cree deber concretar sus observaciones en este punto á la localidad; pero esto no hace que sus ideas dejen de poder ser aplicadas á las demás poblaciones.